

Terry Lynn Karl

13

DOCUMENTO
DE INVESTIGACIÓN

Desigualdad extrema y captura del Estado:

la crisis de la democracia liberal
en los Estados Unidos



FONDO
EDITORIAL

UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO

13

DOCUMENTO
DE INVESTIGACIÓN

Terry Lynn Karl

Desigualdad extrema y captura del Estado:

la crisis de la democracia liberal
en los Estados Unidos



FONDO
EDITORIAL

UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO

Título original en inglés: Extreme Inequality and State Capture: The Crisis of Liberal Democracy in The United States. El artículo fue publicado en junio de 2019 por *Chinese Political Science Review*, número 2, volumen 4.

© Terry Lynn Karl, 2020

De esta edición:

© Universidad del Pacífico
Jr. Gral. Luis Sánchez Cerro 2141
Lima 15072, Perú

Desigualdad extrema y captura del Estado: la crisis de la democracia liberal en los Estados Unidos

Terry Lynn Karl, 2020

1.^a edición: junio de 2020

Traducción: Luis Enrique Bossio

Diseño de la carátula: Icono Comunicadores

ISBN ebook: 978-9972-57-439-9

doi: <http://dx.doi.org/10.21678/978-9972-57-439-9>

BUP

Karl, Terry Lynn, 1947-

Desigualdad extrema y captura del Estado: la crisis de la democracia liberal en los Estados Unidos / Terry Lynn Karl. -- 1a edición. -- Lima: Universidad del Pacífico, 2020. 53 p. -- (Documento de investigación ; 13)

1. Democracia liberal -- Estados Unidos
2. Sistema electoral -- Estados Unidos
3. Partidos políticos -- Estados Unidos
4. Desigualdad económica -- Aspectos políticos -- Estados Unidos
5. Desigualdad social -- Aspectos políticos -- Estados Unidos
6. Elecciones presidenciales -- Estados Unidos -- 2016
7. Populismo -- Estados Unidos
8. Estados Unidos -- Política y gobierno -- 2016-
- I. Universidad del Pacífico (Lima)

321.8 (SCDD)

La Universidad del Pacífico no se solidariza necesariamente con el contenido de los trabajos que publica. Prohibida la reproducción total o parcial de este texto por cualquier medio sin permiso de la Universidad del Pacífico.

Derechos reservados conforme a ley.

Índice

Prólogo	7
1. Introducción	11
2. El impulsor excepcional (e invisible) de la desigualdad. Teoría y datos	15
3. La manipulación «una persona, un voto»	29
4. Conclusión: el círculo vicioso de desigualdad extrema y representación política sesgada	39
Referencias	45
Siglas usadas	50

Prólogo

Profunda y creciente desigualdad, alta concentración de riqueza, captura del Estado de parte de intereses minoritarios generando políticas públicas que operan a su favor, un sistema político poco representativo de la mayoría de la población y agudas diferencias raciales y étnicas que hacen difícil la acción colectiva de esta mayoría para mejorar su situación.

¿Perú? ¿Brasil? ¿Chile? No. Son los Estados Unidos hoy, según la doctora Terry Lynn Karl, profesora emérita de Ciencia Política en la Stanford University y especialista en democracia y desarrollo comparados. En este provocador trabajo, Karl argumenta que el declive de la democracia liberal en los Estados Unidos y la emergencia de un populismo de derecha –racista, sexista, xenofóbico– se deben a dos factores fundamentales: la extrema desigualdad y un sistema electoral extraordinariamente manipulable y excluyente.

Este estudio se destaca por varias razones. Entre otros politólogos estadounidenses, por ejemplo, predomina un énfasis en los temas institucionales, mas no la relación entre estos y los factores económicos y sociales. Además, hay una tendencia a evitar el análisis de clases sociales, a mantener el mito de una sociedad con alta movilidad social y sin clases propiamente; y los estudios sobre elecciones, partidos y el Congreso suelen no tratar el papel central del dinero en la política, el peso desproporcionado que ejercen los megarricos y la forma en que las políticas públicas sirven a sus intereses privados. El trabajo de Karl, en cambio, enfatiza estos factores.

Como Karl explica al inicio, el «excepcionalismo americano» es una ideología basada en la superioridad moral de las normas democráticas y libertades en los Estados Unidos, narrativa que el presidente Donald Trump y sus seguidores han plasmado en su campaña Make America Great Again. Sin embargo, el diagnóstico que ella nos ofrece sugiere que tal narrativa está bastante distante de la realidad. Lo que distingue a los Estados Unidos hoy son más bien las

enormes brechas entre las clases sociales, el poder desproporcionado de los más ricos y el mal funcionamiento del sistema electoral, que no refleja los cambios demográficos ni los intereses de las mayorías actuales. De hecho, los Estados Unidos figuran actualmente en la lista de «democracias dañadas» preparada por *The Economist Intelligence Unit* detrás de Corea del Sur y cerca a Botsuana, Chile y México. En esta lista, los Estados Unidos son un país calificado especialmente bajo en cuanto a confianza pública en sus instituciones y funcionamiento del Gobierno; y en esperanza de vida, indicador muy relacionado a la desigualdad, figura en el lugar 34, detrás de Costa Rica, Chile, Corea del Sur y Cuba.

Este trabajo también se diferencia de aquellos que creen ver en las diferencias raciales, étnicas o de género —diferencias de «identidad»— las claves del declive democrático en los Estados Unidos. Si bien la sociedad estadounidense es más étnicamente diversa hoy que a lo largo de toda su historia anterior¹, Karl sostiene que las brechas de clase son primordiales, producto de políticas que han perjudicado a todos los hogares de menores ingresos, reduciendo la clase media y facilitando el auge del capital financiero, una fuente de riqueza más difícil de identificar y regular que la riqueza industrial de antaño. Ella considera más bien que la élite conservadora ha exacerbado estas diferencias de «identidad» para mantener desunidos a todos aquellos sectores perjudicados, fomentando un nacionalismo blanco que culpa a las minorías y los migrantes por una situación cada vez más precaria.

¿Hay una salida a esta situación? Según Karl, es difícil, pero no imposible. Si bien el Partido Republicano ha obtenido mayor éxito entre los votantes blancos inseguros, muchos de ellos no tienen afiliación partidaria firme, habiendo cambiado su voto de Barack Obama a Donald Trump en un contexto de creciente desesperación y temor. Hombres y mujeres blancos, mayores de 50 años, menos educados y más rurales son los que cifraron esperanzas en el populismo de Trump en 2016 —pero muchos de ellos han visto sus promesas incumplidas—. Ahora depende del Partido Demócrata, y de las muchas organizaciones cívicas progresistas, hacer más visible la enorme concentración de riqueza y la distorsión de las políticas públicas que esto genera y ofrecer una alternativa clara para una mayoría de votantes, los cuales tienden a ser progresistas cuando se trata de la desigualdad económica, a diferencia de sus líderes políticos actuales. El Partido Demócrata, ¿asumirá este desafío? Está por verse.

¹ Un 14% de la población actual de los Estados Unidos nació en otro país, además la población multirracial es la que más crece, seguida por la de asiáticos e hispanos. Los cristianos blancos, que eran ocho de cada diez ciudadanos en 1976, hoy no son mayoría, y se estima que la población blanca en general será minoría en 2040 (Burtles, 2018; citado por Karl).

La Universidad del Pacífico ha considerado importante la traducción y difusión de este texto por dos razones principales. Primero, porque nos ayuda a entender mejor a los Estados Unidos hoy, a puertas de una nueva elección presidencial en 2020, lo cual nos permite mirar más allá de la coyuntura y de los exabruptos de Donald Trump y reconocer problemas más sistémicos, difíciles de modificar aun si hay un cambio del partido de Gobierno. Y segundo, porque, aun cuando se trata de los Estados Unidos, país con características distintas a otras democracias occidentales, consideramos que el análisis nos ayuda a reflexionar sobre nuestras propias democracias latinoamericanas, tan débiles y desiguales.

No es casual que este trabajo haya sido publicado originalmente en China, por la reconocida revista *Chinese Political Science Review*, de la Fudan University en Shanghái, pues la otra cara del declive de la democracia liberal en los Estados Unidos –y en menor medida en Europa– es el auge global de China y la confrontación entre ambas potencias, que no solamente es comercial, sino también política, entre dos modelos de Gobierno y dos formas de concebir el rol y los derechos individuales de los ciudadanos. Por su parte, China también padece de una creciente y acelerada desigualdad, motivo de preocupación de sus gobernantes en la medida en que pone en cuestión la estabilidad de su propio modelo.

Terry Lynn Karl: académica, activista, maestra

Terry Lynn Karl es ampliamente reconocida por sus trabajos en economía política del desarrollo y relaciones internacionales, con énfasis en los dilemas de los países exportadores de petróleo. Entre sus trabajos más reconocidos se encuentra *The paradox of plenty: Oil booms and petro-states*², pionero en el análisis político de la llamada «maldición de los recursos naturales». Este estudio fue inspirando en su trabajo previo sobre los límites del pactismo económico y político que sostenía la democracia petrolera de Venezuela, que resultó ser premonitorio. También ha publicado *The bottom of the barrel: Africa's oil boom and the poor* –en coautoría con Ian Gary–, *New and old oil wars* –en coautoría con Mary Kaldor y Yahia Said– y *Overcoming the resource curse* –en coedición con Macartan Humphreys, Jeffrey Sachs y Joseph Stiglitz–.

Otra área de preocupación de Karl ha sido la política exterior de los Estados Unidos. Habiendo participado en campañas contra la guerra en Vietnam,

² Publicado en 1998 por la University of California Press.

Karl fue posteriormente una reconocida crítica de la actuación de los Estados Unidos en las guerras civiles de Centroamérica. Esa labor la llevó a una larga colaboración con el Center for Justice and Accountability como testigo experta en juicios contra militares centroamericanos acusados de crímenes de lesa humanidad que vivían escondidos en los Estados Unidos, logrando victorias históricas que establecieron precedentes bajo la doctrina de responsabilidad de mando³. Su compromiso con los derechos humanos desde la academia está plasmado en un texto motivador: «“Not on your vita”: The relevance of comparative politics for public life»⁴.

Yo conocí a Karl por primera vez en 1982, cuando comencé mis estudios doctorales en la Harvard University, donde ella era profesora asistente en el Departamento de Gobierno. Karl me dio mi primer trabajo como asistente de investigación y me enseñó Economía Política del Desarrollo. En este período, ella también tuvo el coraje de hacer una denuncia por acoso sexual a un colega sénior, Jorge I. Domínguez, cuya conducta inapropiada había afectado a varias otras mujeres, quienes no tenían las herramientas para enfrentar un problema aún poco reconocido en la academia estadounidense.

Karl migró a Stanford, donde desarrolló una carrera destacada, recibiendo numerosos premios por excelencia en docencia, investigación y acción cívica. Para nosotros, sin duda, su rol más importante ha sido como maestra. A lo largo de su carrera y a pesar de numerosas piedras en el camino, Karl ha sido una profesora extraordinaria, dedicando tiempo y pasión a sus estudiantes, enseñándoles a pensar por sí mismos, a defender sus valores y a volar en cualquier campo que elijan.

Agradecemos en primer lugar a Terry Lynn Karl por compartir este trabajo con nosotros. También al doctor Sujian Guo, profesor de Ciencia Política de la San Francisco State University y editor de la *Chinese Political Science Review*, por cedernos los derechos de su edición en español. Nuestro reconocimiento y agradecimiento también a Luis Enrique Bossio por su excelente traducción y a María Elena Romero del Fondo Editorial de la Universidad del Pacífico por facilitar la edición y difusión de este texto.

Cynthia A. Sanborn

³ Ver, por ejemplo, «La justicia se hace afuera de El Salvador» (T. L. Karl, 25 de marzo de 2015; recuperado de <https://www.revistafactum.com/la-justicia-se-hace-fuera-de-el-salvador/>). También «Salvadoran general deported from U. S. for command role in human rights crimes during El Salvador war» (en The National Security Archive Blog, 9 de abril de 2015; recuperado de <https://unredacted.com/2015/04/09/salvadoran-general-deported-from-u-s-for-command-role-in-human-rights-crimes-during-el-salvador-civil-war/>).

⁴ En *American Political Science Association. Comparative Politics Newsletter* (2003; 14[2], 14-18; recuperado de http://comparativenewsletter.com/files/archived_newsletters/2003_summer.pdf).

En política, importan dos cosas. La primera es el dinero.
No recuerdo la segunda.

Marcus Alonso Hanna
Senador republicano Estados Unidos, 1895

1. Introducción¹

El «excepcionalismo americano» es una ideología que sostiene que los Estados Unidos son diferentes e incluso superiores a otras naciones con respecto a sus ideales de democracia y libertad. Este concepto, originado en creencias religiosas de los puritanos, creencias que en algún momento mantenía cerca del 80% de los estadounidenses, afirma que los Estados Unidos es el mejor país del mundo. Sin embargo, el discurso nacional del excepcionalismo americano, con su énfasis en la superioridad moral de una estructura cristiana, caucásica y mayormente masculina de poder y en un modelo de democracia a ser emulado por otros países, ha sufrido una bochornosa paliza –causando tremenda consternación a muchos ciudadanos, así como la complacencia de regímenes autoritarios de todo el mundo– (Rothkopf, 2016). Desde la invasión de Irak en 2003 y las horrendas imágenes de Abu Ghraib hasta la crisis financiera de 2008, el excepcionalismo americano parece haber seguido el camino de muchas otras ideologías autocomplacientes de las grandes potencias que posteriormente han sido destruidas por los acontecimientos².

¹ Este documento es una traducción del original publicado en *Chinese Political Science Review* (2019, N° 4, volumen 4, pp. 164-187; <https://doi.org/10.1007/s41111-019-00122-4>). Fue preparado para la conferencia «¿La crisis de la democracia liberal/representativa occidental?» del Instituto de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales (IAS) de Shanghai, realizado el 27 y 28 de octubre de 2018. La traducción es de Luis Enrique Bossio.

² Tal como lo escribe Walt: «Entre las grandes potencias, considerarse especial es la norma, no la excepción» (2011).

Hoy, al compararse con otras importantes democracias industrializadas, los Estados Unidos resultan en efecto excepcionales en dos aspectos muy importantes (y desafortunados): su extraordinario nivel de desigualdad y la naturaleza defectuosa de sus instituciones democráticas, especialmente el funcionamiento de su sistema electoral. En conjunto, estos aspectos afectan la calidad de representación de sus dos principales partidos políticos, produciendo los tipos de dinámicas populistas y fallas del sistema partidario aludidos en este trabajo y en otros estudios (Mudde, 2007; Judis, 2016).

Este ensayo explora por detrás del fracaso de representación de parte del sistema de partidos y de la profunda polarización política que marca el surgimiento del populismo al interior de las democracias liberales, con el objetivo de analizar dos de las causas fundamentales del éxito electoral «populista» de Donald Trump en 2016: la desigualdad extrema y el hecho de que el sistema electoral de los Estados Unidos sea excepcionalmente manipulable. El populismo de derecha puede encontrarse a ambos lados del océano Atlántico y se caracteriza similarmente por invocaciones nacionalistas de un «hombre fuerte» hacia personas cuyo estatus se ha deteriorado, o es considerado por ellas como especialmente precario. El populismo resulta atractivo porque la confianza de la población en las instituciones políticas en ambas regiones ha descendido a su nivel históricamente más bajo. Sin embargo, la situación en los Estados Unidos resulta especialmente peligrosa cuando se le compara con Europa Occidental. La interacción entre el carácter de extrema desigualdad en los Estados Unidos y sus instituciones electorales no representativas, en comparación con la situación en Europa Occidental, permite que la intolerancia se convierta en la plataforma y la estrategia de uno de sus dos partidos políticos convencionales, el Partido Republicano, algo menos probable de ocurrir en democracias parlamentarias donde es más difícil que actitudes racistas y etnocéntricas penetren un partido convencional y donde en cierto modo es más fácil relegarlas a la periferia. Cuando estos temas se combinan con la presencia excepcionalmente difundida de armas —tema que no se aborda en el presente artículo, pero que está ausente en otros importantes países industrializados³—, la democracia estadounidense enfrenta amenazas internas especialmente poderosas para su futuro.

³ Los residentes en los Estados Unidos poseen casi la mitad de los 650 millones de armas en manos de civiles en todo el mundo; los estadounidenses tienen más armas *per cápita* (89) que cualquier otro país del mundo, seguidos por Yemen (55); aunque los Estados Unidos componen apenas el 5% de la población mundial, en este país ocurren más del 30% de tiroteos masivos. Finalmente, las tasas de homicidios cometidos con armas son 25 mayores que en cualquier otro país rico (ver: Fox, 2019).

Los indicadores de una profunda crisis de gobernanza democrática en los Estados Unidos se han venido desarrollando durante décadas, pero ahora han quedado al descubierto. Durante los últimos dos años, los Estados Unidos han sido clasificados como una «democracia defectuosa», según *The Economist Intelligence Unit* (2018), quedando bastante rezagados por otras 19 democracias «plenas» y empatando con Italia en el puesto 21. De este modo, los Estados Unidos se ubican actualmente en la misma categoría que otras 56 «democracias defectuosas» —detrás de Corea del Sur y cerca a Botsuana, Chile y México—. Al igual que otras importantes democracias industrializadas, la de los Estados Unidos ha experimentado un drástico deterioro en la confianza del público en sus instituciones, pero aquí ha caído más agudamente que en cualquiera de los 28 países evaluados (Barkin, 2018). Debido a los continuos cierres de servicios públicos, los Estados Unidos reciben una calificación especialmente baja en el rubro de «funcionamiento del Gobierno» y **han disminuido 21 posiciones** en cuanto a expectativa de vida (un indicador fundamental de desigualdad) respecto a otros países del mundo: ahora se ubican en el puesto 34, después de Cuba, Costa Rica, Chile y Corea del Sur. Ninguna democracia rica en el mundo tiene estándares tan abismales.

La crisis en los Estados Unidos es profunda y será difícil resolverla en el corto plazo. Los dos factores enfatizados aquí —la desigualdad excepcional y la naturaleza especialmente antidemocrática de su sistema electoral— son altamente resistentes a un cambio rápido. Más aún, su combinación alimenta la politización directa y la exacerbación de temores relacionados con la inmigración, el racismo y las divisiones étnicas, religiosas y de género que constituyen actualmente el discurso dominante de la vida política. Estos factores han sido características permanentes de la política estadounidense desde su fundación, pero, contrariamente a lo que parece, la crisis en los Estados Unidos no es primordialmente resultado de estos temas identitarios (Fukuyama, 2018). En lugar de ello, el factor central que la impulsa es la desigualdad extrema que surge de la desenfadada financiarización del capital.

Ello no equivale a minimizar la fuerza de los temas de identidad en la más diversa de las grandes democracias industrializadas de la historia. Más bien, se trata de afirmar que, detrás de la indudable importancia de las políticas de identidad⁴ en los Estados Unidos, subyacen diferencias de clase y estatus

⁴ Solo hace falta advertir el tremendo crecimiento del nacionalismo blanco, la brecha política de género (¡que amenaza convertirse en un abismo!) y la inusual religiosidad que caracteriza a los Estados Unidos, aspectos que ayudan a explicar el dramático incremento del antisemitismo. Aunque no puede minimizarse su importancia, en este artículo no se abordan esas divisiones. Tómese la religiosidad, por ejemplo, que es el

basadas en desigualdades extremas que calan todos los aspectos de la vida de los ciudadanos.

A quienes estudian ciencia política en los Estados Unidos no les gusta abordar análisis basados en las clases sociales, a diferencia de lo que ocurre en Europa Occidental, donde las diferencias de clase son dadas por sentadas. Ello dificulta analizar cómo los súper ricos controlan cada vez más la política, los partidos y las políticas públicas. Cuando las desigualdades extremas facilitan la manipulación de instituciones políticas y especialmente dispositivos electorales mediante la supresión de votantes y otras acciones focalizadas basadas en la identidad, ello crea la falsa impresión de que las políticas de identidad son la principal prioridad, así como la oportunidad para que los populistas de derecha logren dividir y vencer a sus adversarios. Las desigualdades extremas y las diferencias entre los súper ricos y los ricos, por el contrario, están más ocultas, como lo está también su habilidad general para lograr la adopción de sus metas en cuanto a políticas atendiendo a sus propios intereses, en detrimento del bien común. Por consiguiente, el problema en los Estados Unidos es triangular: clases, instituciones antidemocráticas y diferencias identitarias. Aceptar que el Gobierno de Trump y otros actores se enfocan únicamente en este último factor supone que los partidos de oposición, organizaciones y movimientos asuman esta lógica y, en consecuencia, únicamente lleven a cabo una táctica de distracción acerca de la discriminación, la cual, por sí sola, no puede resolver la crisis.

factor menos conocido fuera de los Estados Unidos: en 2014, el 80% de los estadounidenses se identificaban como cristianos y este era el único país rico (entre los 102 que fueron estudiados) que representaba un valor atípico extremo en cuanto a indicadores de riqueza nacional y religiosidad. Esto desconcierta a otras naciones ricas. En Gran Bretaña, por ejemplo, donde un minúsculo 6% de la población indica que reza, el hecho de que un 55% de los estadounidenses lo haga representa una enorme diferencia; los adultos en los Estados Unidos rezan mucho más que en ningún otro país rico (Fahmy, 2018).

2. El impulsor excepcional (e invisible) de la desigualdad. Teoría y datos

La desigualdad extrema rara vez recibe la importancia debida en los estudios académicos en economía y ciencia política en los Estados Unidos, y ciertamente no la recibe en el discurso político, donde las críticas de cualquier nivel de desigualdad –sea extrema o no– son con frecuencia (falsamente) asociadas con el socialismo. Ello está relacionado con otro concepto poco popular: las clases sociales, y especialmente la clase trabajadora, están virtualmente ausentes en los principales medios de comunicación y en los discursos de los líderes políticos. Lo que se conoce como el «sueño americano» se basa en la movilidad social y, por consiguiente, hasta la fecha el énfasis político generalmente ha recaído en eliminar (o reforzar) las barreras de discriminación histórica que han mantenido en el extremo inferior a muchas minorías y a las mujeres. Según esta perspectiva, la división central se da entre quienes promueven el *statu quo*, o el retorno a una situación anterior, y quienes promueven políticas antidiscriminatorias para ampliar el «sueño americano» para el disfrute de todas las personas. Ello significa, sin embargo, que los conflictos centrales que existen entre las clases en cuanto a la asignación de recursos nacionales reciben escasa atención.

Esta falta de atención es exacerbada por la especial dificultad para percibir y medir la desigualdad, especialmente la desigualdad en cuanto a riqueza. Gran parte de la riqueza en activos, por ejemplo, es invisible incluso si se encuentra dentro del país y no ha sido transferida a un paraíso fiscal. Más aún, la mayoría de los economistas refutan la desigualdad y pocos de ellos se enfocan en la riqueza antes que en la desigualdad de ingresos. Analizando bibliografía reciente, por ejemplo, Lupu y Pontusson reportan un «consenso actual [...] respecto a que la desigualdad no importa para la política de redistribución, al menos no de una manera directa y particularmente significativa» (2011, p.

316). Este problema se complica por el hecho de que umbrales diferentes de desigualdad asumen importancia de maneras contradictorias. Por ejemplo, algunos son tanto necesarios como beneficiosos para el sistema de gobierno y para la economía, por consiguiente, las «desigualdades de ingreso normales» son toleradas en las democracias porque se supone que recompensan el esfuerzo, la dedicación, la innovación, la creatividad, etc. (Scheve & Stasavage, 2016).

Las desigualdades extremas, sin embargo, son algo totalmente diferente, porque producen lo que parece ser permanentes ganadores, así como perdedores, con poca esperanza de cambiar su situación. Ello resulta especialmente evidente al considerar la riqueza en lugar de la desigualdad de ingresos (Birdsall, 1997; Saez & Zucman, 2014). La desigualdad de la riqueza (antes que la más fácilmente medible desigualdad del ingreso) tiene un efecto de «bola de nieve», es decir, la riqueza tiende a capitalizarse, lo cual a su vez distorsiona más aún la mayoría de otras mediciones de desigualdades, incluyendo la del ingreso. La desigualdad de la riqueza es mucho más difícil de gravar porque puede estar oculta. Por consiguiente, Ruccio, al hablar de la desigualdad de la riqueza o de activos, escribe: «Puede decirse que la desigualdad económica es el tema crucial que enfrenta el capitalismo contemporáneo —especialmente en los Estados Unidos pero también a lo largo de toda la economía mundial—» (2018). Si Oxfam (Quakenbush, 2018) puede razonablemente afirmar que **un número de apenas 26 personas posee una riqueza equivalente a la que está en manos de la mitad de la población del planeta** y que cada día la riqueza colectiva de la clase de los multimillonarios se incrementa en US\$ 2.500 millones, ciertamente ya se ha superado el umbral de desigualdad de la riqueza que amenaza la democracia.

Sin embargo, lo que no se entiende comúnmente es que la desigualdad extrema marca virtualmente cada aspecto de la vida de los ciudadanos. Ella afecta negativamente el crecimiento (Da Costa, 2017; Organisation for Economic Cooperation and Development, OECD, 2011), lo que las personas pueden permitirse comprar (Jencks, 2002), las oportunidades educativas, la salud mental y física, la mortalidad infantil y el bienestar del niño (Wilkinson & Pickett, 2009), la expectativa de vida (Burtles, 2012), el consumo de drogas, el nivel de delitos violentos y encarcelamiento, el grado de conflicto racial y étnico (Pearlstein, 2018), y tanto la confianza como la influencia políticas. Tal es el caso especialmente en los Estados Unidos, como se muestra en la figura 1. En comparación con Japón (celeste), Suecia (azul), Alemania (violeta), Francia (rojo oscuro) y el Reino Unido (rosado) y respecto a una variedad de medidas para mejorar la calidad de vida, el nivel extremo de desigualdad en los Estados

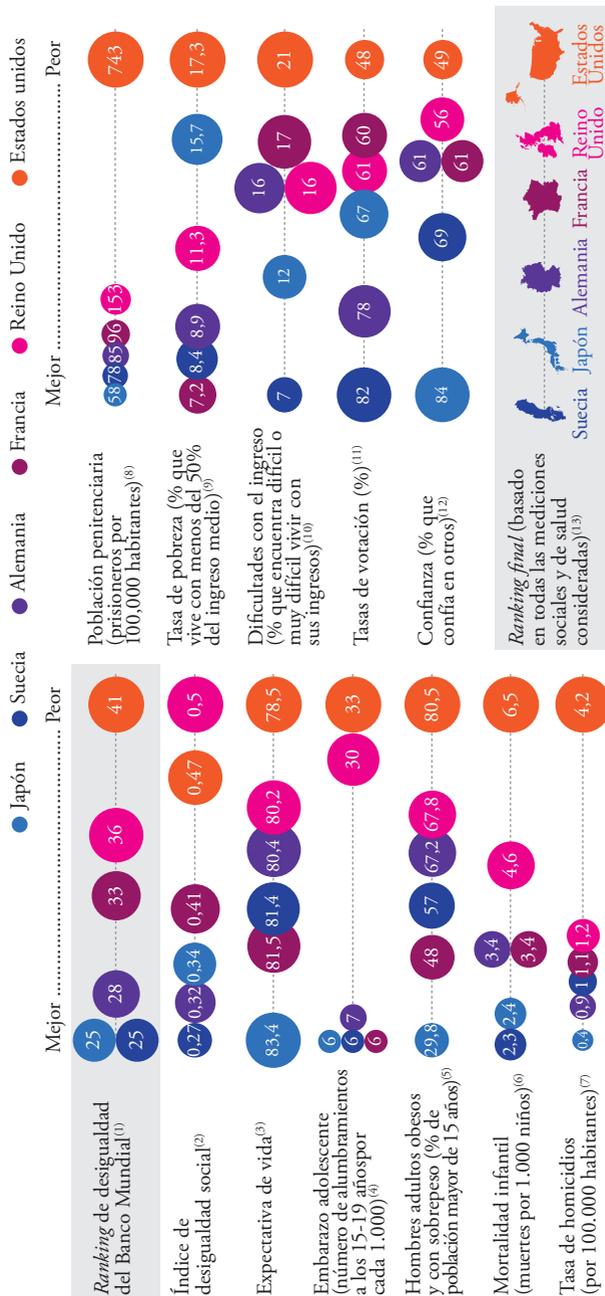
Unidos (anaranjado) supone que este país ocupa el último lugar, ¡virtualmente en todas las categorías! La única excepción se refiere a la movilidad social, donde el sistema de clases en Inglaterra supera al de los Estados Unidos.

La invisibilidad de la desigualdad extrema resulta problemática para su entendimiento en términos políticos. Especialmente desde el año 2000, pero incluso antes de esa fecha, la desigualdad extrema basada en el capital financiero no puede ser fácilmente percibida. Por consiguiente, lo que diferencia a las desigualdades extremas creadas por tal capital de las concentraciones de riqueza del pasado es su movilidad global y su falta de transparencia. Entonces, frente a la conspicua presencia de grandes industrias y fábricas en el pasado, donde comunidades enteras conformaban colonias industriales, por ejemplo, o al altamente visible consumo de los ricos antes de la Gran Depresión, el principal símbolo visible en los Estados Unidos es Wall Street. Y Wall Street resulta complicado por el hecho de que una pequeña mayoría de ciudadanos mantiene ciertas inversiones (aunque sea a través de fondos de pensiones u otros fondos comúnmente adquiridos), lo que significa que aquellos que son sumamente ricos pueden poner en peligro los ahorros de unos cuantos simplemente trasladando sus fondos⁵. Ello significa que algunos ciudadanos comunes y corrientes pueden temer perder su propia pequeña red de protección social si se aborda el tema de la desigualdad extrema.

Sin embargo, la desigualdad extrema debe ser confrontada, dado que datos comparativos muestran los dramáticos cambios que ilustran sus umbrales. En 2018, la desigualdad de la riqueza aumentó más rápidamente en cuatro países: los Estados Unidos, India, China y Rusia (World Inequality Lab, 2018). Cuando se utiliza el ingreso como indicador, los Estados Unidos son actualmente más desiguales que diez países de América Latina, ¡región antes conocida por albergar los peores niveles de desigualdad en el mundo! Compárese, por ejemplo, los Estados Unidos con Uruguay —el país latinoamericano con mayor igualdad—. Aunque aquel país ostenta un PBI per cápita que excede en más del triple el de este (US\$ 52.195, en comparación con US\$ 14.010), la tasa de desempleo en Uruguay es casi la misma que la de los Estados Unidos, su índice de pobreza es drásticamente menor (1,40%, en comparación con 16,80%) y su expectativa de vida está aumentando, no disminuyendo, como ocurre en los Estados Unidos (World Inequality Lab, 2018).

⁵ Sin embargo, la propiedad de las acciones está extremadamente concentrada en la cúspide de la pirámide y ciertos subgrupos tienen considerablemente menos probabilidades de poseer acciones, incluyendo a los estadounidenses que no tienen educación universitaria, los jóvenes, los solteros, los negros y los hispanos (Jones, 2017).

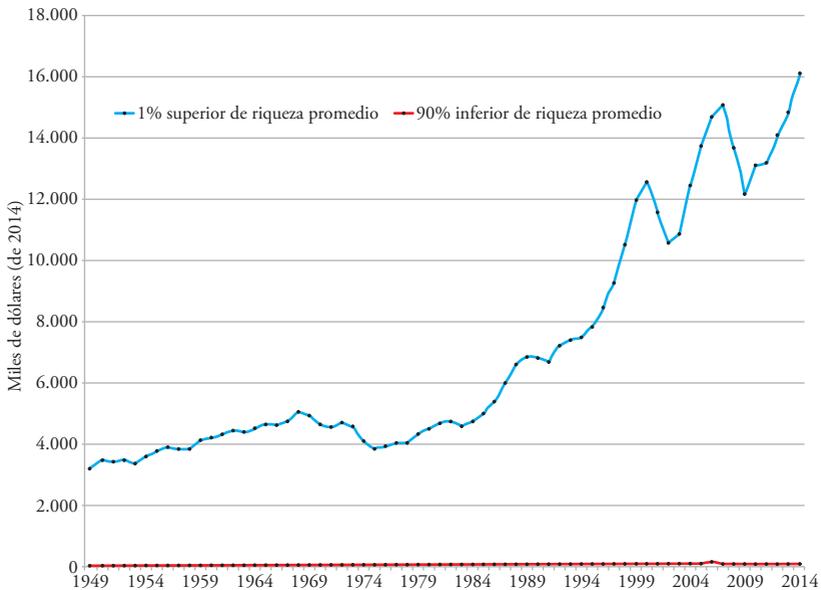
Figura 1
 Precio comparado de la desigualdad extrema; Japón, Suecia, Alemania, Francia, Reino Unido y Estados Unidos



Fuentes y notas: 1. Banco Mundial, GINI; los datos más recientes usados para cada país. | 2. Corak, M. (2012). Inequality from generation to generation: The United States in comparison. En: Rycroft, R. (editor), *The economics of inequality. Poverty and discrimination in the 21st century*. ABC-CLIO, en prensa. | 3. Gapminder.org; varias fuentes; cifras correspondientes a 2011. | 4. Banco Mundial (2007-2011). | 5. OMS (2010). | 6. Naciones Unidas; datos de 2011. | 7. ONUDD; lo más reciente varia por países, año 2009 o 2010. | 8. ICPS (http://www.idcr.org.uk/wp-content/uploads/2010/09/WPP-9-22.pdf). | 9. OCDE, *Society at a glance* (2011). | 10. OCDE, *Society at a glance* (2011). | 11. OCDE, *Society at a glance* (2011). | 12. OCDE, *Society at a glance* (2011). | 13. Tratar los puntajes anteriores como porcentajes, con el puntaje más alto como 100% y el más bajo como 0%. | 14. Donde un puntaje alto era mejor, el cálculo se invirtió. Infografía: Adam Frost y Rosie Roche.

A continuación, la figura 2 sigue los cambios en cuanto a la desigualdad de riqueza en los Estados Unidos, donde destacan varios puntos: en primer lugar, la riqueza promedio se ha incrementado durante los últimos 50 años, pero no ha crecido igualmente para todos los grupos. Entre 1963 y 2014, las familias en el décimo percentil inferior de distribución de riqueza experimentaron un crecimiento negativo, ya sea porque no tienen riqueza alguna o porque han acumulado deudas. En marcado contraste, las familias ubicadas en el décimo percentil superior (percentil 90) experimentaron una quintuplicación de su riqueza. Más aún, los más ricos de la población, el 1% superior (aquellos que son más ricos que el 99% restante de la población) incrementaron su riqueza en una proporción equivalente a siete veces el nivel de la que antes ostentaban.

Figura 2
Desigualdad de riqueza, Estados Unidos, 1949-2014



Nota: el 1% superior (azul) se compara con la deuda del 90% inferior (rojo).

Fuente: Piketty, Saez, & Zucman (2017, tablas del apéndice).

En segundo lugar, el cambio producido a partir de esquemas previamente desiguales ha sido dramático. En 1980, el 1% superior de adultos percibía en promedio 27 veces más que el 50% de ellos; luego, en 2016, el 1% superior percibía 81 veces más. Como resultado, la proporción del ingreso en la mitad

inferior de la población se redujo de casi un 20% en 1980 a un 12% en 2014 (Piketty, Saez, & Zucman, 2017). Durante el mismo período y en paralelo, la riqueza en manos del 1% superior creció desde casi 30% en 1989 a casi 49% en 2016, mientras que la proporción en manos del 90% inferior decreció de poco más de 33% a menos de 23% (Stone, Trisi, Sherman, & Debot, 2015). Tal como lo han señalado numerosos autores y el Fondo Monetario Internacional (FMI) (Cerny, 2018), tal es el resultado de la inconsciente adopción del modelo económico neoliberal, un modelo de políticas que propugna el supuesto incremento de la competencia mediante la desregulación, la apertura de los mercados domésticos, la privatización y la limitación a la capacidad del Gobierno para operar con déficit fiscal y acumular deuda. Este modelo empezó con el Gobierno de Reagan en 1980.

En tercer lugar, la crisis financiera de 2008 vertió gasolina sobre las llamas de la desigualdad extrema y, para el año electoral de 2016, la desigualdad extrema se había incrementado a sus niveles más altos desde la Segunda Guerra Mundial. Antes de 2008, durante casi dos décadas, la creciente desigualdad de la riqueza estuvo oculta por el acceso fácil y barato al dinero a través del auge del crédito (Rajan, 2010), el alza vertiginosa de los precios de las viviendas y tentadores nuevos productos financieros. Cuando estalló la burbuja de la deuda, ello produjo el mayor salto en esta desigualdad en la historia de los Estados Unidos desde la postguerra (Kuhn, Schularick, & Steins, 2018). Adicionalmente, se trató de un fenómeno que se podía ver y sentir: mientras los ricos y súper ricos incrementaban mucho más su riqueza, principalmente a través de acciones, las brechas de riqueza entre familias de altos ingresos y aquellas con ingresos bajos y medios se expandieron hasta niveles jamás registrados y el patrimonio neto promedio de las familias de ingresos medios y de la clase trabajadora cayó a niveles de 1989⁶.

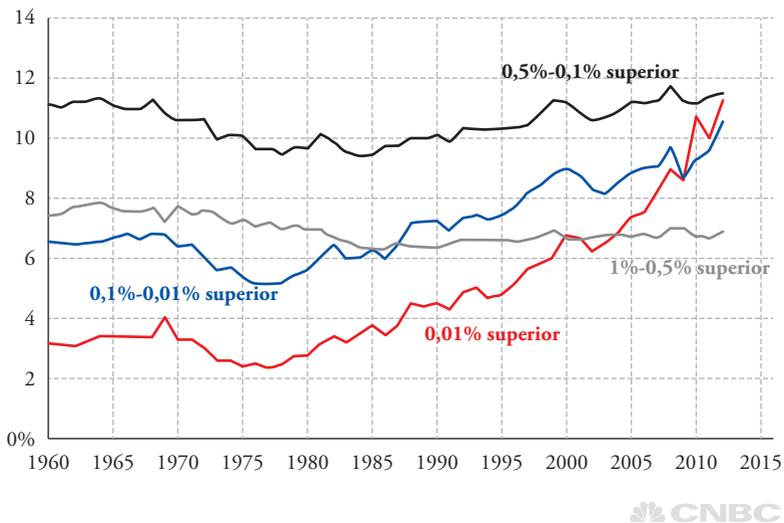
Impulsando esta desigualdad extrema encontramos el fenomenal aumento de la concentración de riqueza en la cúspide de la pirámide. Sin embargo, en contra de lo que afirman el movimiento Ocupa Wall Street y otros actores, el 1% superior no es el tema central. En lugar de ello, lo que realmente importa es la peligrosa concentración de riqueza en manos de los súper ricos. Ello resulta evidente en la figura 3: la línea gris claro muestra que el porcentaje

⁶ En 2016, la riqueza promedio de las familias de menores ingresos era 42% menor que lo que tenían inmediatamente antes de la recesión de 2007 y la riqueza promedio de las familias de ingresos medios era 33% menor –dejando el patrimonio neto de estas familias en niveles comparables a los de 1989–, mientras que en ese mismo año 2016 las familias de más altos ingresos tenían 75 veces mayor riqueza que las familias de menores ingresos en comparación a la proporción que habían mostrado en 1983 (28 veces) (Kochhar & Cilluffo, 2017).

de riqueza no ha cambiado mucho para los ricos, pero ese no es ciertamente el caso de la concentración del ingreso en la cúspide de la pirámide, es decir, el de los súper ricos. De hecho, estos han dejado atrás al 1% superior. De esta manera, los Estados Unidos es donde se encuentra al mayor número de multimillonarios del mundo (540), representando el 37%, o 2,4 billones de la riqueza combinada de este grupo. ¡Esto equivale a un increíble 12% del producto bruto interno (PBI) de los Estados Unidos!⁷ La composición racial y de género de los súper ricos usualmente corresponde casi por completo a hombres blancos, debido a la histórica brecha de género presente en virtualmente todos los asuntos financieros.

Figura 3
Comparación del 1% superior con el grupo de los súper ricos, Estados Unidos, 1960-2015 (en porcentajes)

Distribución de la riqueza máxima
Desagregado del 1% superior

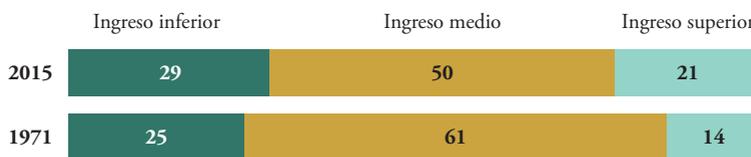


⁷ Los siguientes cinco países con mayor número de multimillonarios son: China (251), Alemania (120), India (84), Rusia (77) y Hong Kong (64). En comparación al estudio realizado por Forbes un año atrás, China demostró el mayor incremento en el número de multimillonarios, añadiendo 38 nuevos integrantes a la lista. En 2016, la riqueza de estos multimillonarios se incrementó en cerca de US\$ 1 billón y, como grupo, tienen más dinero que el PBI de Alemania o Japón (Frank, 2017).

Las implicancias económicas de la concentración de riqueza en la cúspide de la pirámide para la mayoría de estadounidenses están ausentes del actual discurso político. Por ejemplo, pese a las afirmaciones políticas sobre el «auge» económico, no ha habido una cabal recuperación económica desde la crisis de 2008 (Kochhar & Cilluffo, 2017). En 2016, la riqueza promedio de todos los hogares estadounidenses era de US\$ 97.300, pero esta cifra se encuentra muy por debajo de la riqueza promedio antes de que la recesión empezara a fines de 2007 (US\$ 139.700, en dólares de 2016). A nadie sorprendía, entonces, que muchos estadounidenses sintieran que su situación era, en el mejor de los casos, precaria. Hoy en día, aproximadamente el 40% de los trabajadores estadounidenses apenas ganan lo suficiente para sobrevivir. Ello ha llevado a una fuerte sensación de *precariedad*, la cual ha golpeado no solo a los pobres sino también a la clase media, que alguna vez fue relativamente grande y que se ha contraído, con algunas personas ascendiendo en la escala y la mayoría pasando a ocupar posiciones inferiores.

La figura 4 muestra que la clase media, que alguna vez fue el baluarte de la democracia estadounidense, ya no constituye la mayoría, tras haberlo sido durante más de cuatro décadas. La proporción de ingresos combinados que componen los hogares de ingresos medios cayó de ser un 62% en 1970 a un 43% en 2014; y, debido a la Gran Recesión, la línea media de la riqueza (bienes menos deudas) de la clase media **se redujo** en 28% entre 2002 y 2013⁸.

Figura 4
Disminución de la proporción de adultos que viven en familias de ingresos medios, Estados Unidos, 1971-2015 (porcentaje de adultos en cada nivel de ingresos)



Nota: los adultos son asignados a niveles de ingresos en función de su ingreso familiar ajustado por tamaño en el año calendario anterior al de la encuesta.

Fuente: Pew Research Center

Esta caída ha producido un correlato racial y étnico más complicado que en el pasado. En un aspecto, la historia es la de siempre: predeciblemente, las disparidades entre razas y etnias se expandieron después del año 2008 y un

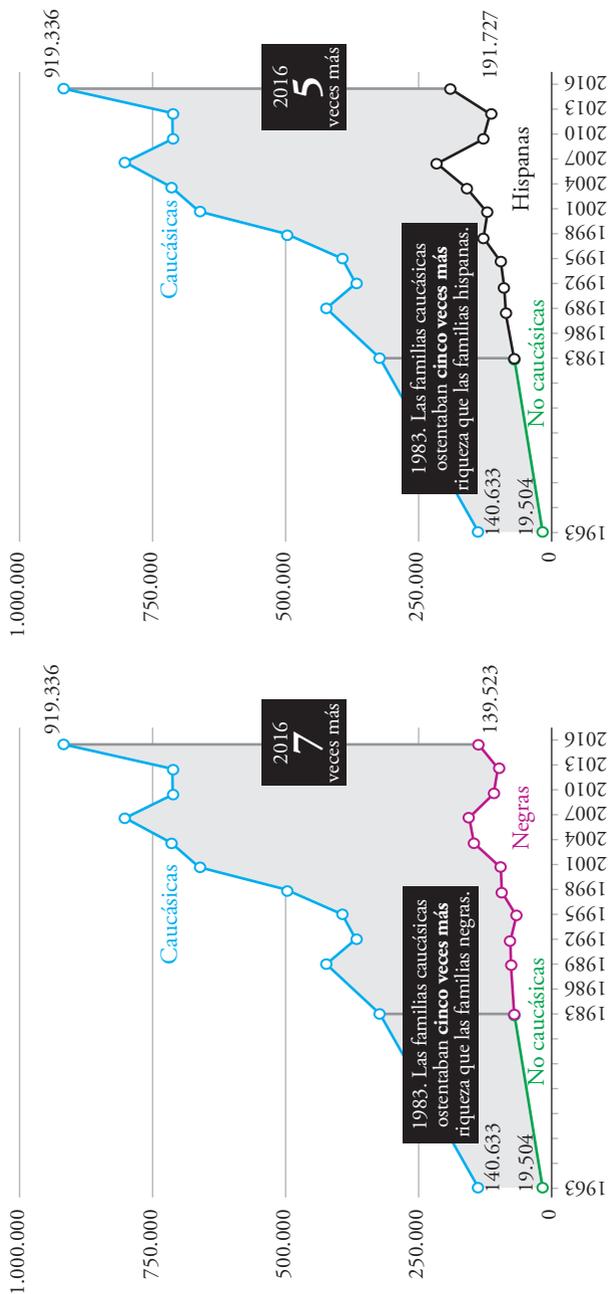
⁸ Para obtener una definición de hogares de «ingresos medios», consultar Pew Research Center (2015).

bajo nivel de riqueza es mucho más prevalente entre familias negras e hispanas que entre familias caucásicas. Entre las familias de ingresos bajos y medios, las blancas tienen cuatro veces mayor riqueza que las negras y tres veces más que las hispanas (Kochhar & Cilluffo, 2017). Esta realidad visible y familiar, mostrada en la figura 5, respalda la noción de que el énfasis exclusivo sobre temas de identidad debería dominar el discurso.

Sin embargo, las disparidades basadas únicamente en la identidad son ahora más complicadas de lo que aparecían a primera vista, y ello afecta la comprensión sobre cómo y por qué los votantes respaldan a candidatos diferentes. Más aún, ello influencia la elección de estrategias políticas adecuadas para superar enfoques basados en todo tipo de intolerancia y prejuicio. Si bien la clase media en proceso de contracción continúa sintiéndose precaria en su lucha por mantener patrones anteriores de estatus y prosperidad, no está sola en el esfuerzo. La Gran Recesión de 2008 **redujo virtualmente a la mitad** la riqueza de las personas blancas de bajos ingresos y, significativamente, exacerbó las marcadas diferencias de clase y estatus entre los blancos. Ello queda capturado en la separación marcadamente creciente de riqueza entre familias blancas según su estrato de ingresos. En 2016, las familias blancas de más altos ingresos tenían una riqueza equivalente a 42 veces la de aquellas de bajos ingresos, ¡en comparación con las cuales apenas superaban en 18 veces este nivel de riqueza en 2007! Más aún, en la medida en que familias blancas de bajos ingresos quedaban aun más rezagadas por otras familias blancas con mayores ingresos, **la brecha entre aquellas y sus contrapartes negras e hispanas se redujo a la mitad entre 2007 y 2016**. Esta realidad fue resaltada por un segundo factor: después de la recesión, se incrementó sustancialmente la proporción de familias blancas de bajos ingresos que no tenían patrimonio en absoluto o que se encontraban endeudadas⁹. En suma, aunque se incrementaron las desigualdades raciales y étnicas, las familias blancas tanto de bajos ingresos como algunas de ingresos medios experimentaron un abrupto cambio en su estatus por primera vez en muchos años y de una manera que no había ocurrido previamente. Al mismo tiempo, disminuyó la brecha existente entre blancos pobres y no blancos pobres.

⁹ En contraste, entre familias de ingresos medios, la proporción que ostenta un patrimonio igual a cero o que están endeudadas se incrementó entre 2007 y 2016 de 6% a 9% entre estadounidenses blancos, de 9% a 18% entre negros y de 9% a 13% entre hispanos.

Figura 5
Riqueza de la familia promedio según raza o etnia, Estados Unidos, 1963-2016 (en dólares)



Notas: dólares de 2016. No hay datos comparables disponibles entre 1963 y 1983. La distinción entre razas o etnias negras e hispanas dentro de la población solo está disponible a partir de 1983.

Fuente: Urban Institute (Encuesta de Características Financieras de los consumidores, 31 de diciembre de 1962; Encuesta de Cambios en las Finanzas Familiares, 1963; Encuesta de Finanzas del Consumidor, 1983-2016).

Ello es especialmente significativo para explicar el voto pro-Trump en 2016. Considerando a aquellos que votaron en las elecciones de ese año, Trump capturó a la mayoría de los votantes blancos hombres y mujeres de clase trabajadora y de clase media en caída, pero muchos de ellos habían previamente votado por Obama y el Partido Demócrata y, por consiguiente, no pueden ser vistos únicamente a través de la lente del prejuicio racial. Tampoco puede esto traducirse en los supuestos reforzados por comentaristas y académicos de que en gran medida el auge de Trump se explicó particularmente debido a la intolerancia de la clase trabajadora blanca, tal como lo ha sostenido Metzgar (2016), explicación monotemática que distrae la atención sobre esta realidad.

Lo anterior brinda la clave para comprender el verdadero impacto político de la desigualdad extrema. Debido a que la recuperación económica no llegó a muchos de estos votantes después de 2008 y su situación empeoró, solo una combinación de tal impacto con los ataques políticamente dirigidos contra minorías y migrantes explican el cambio. De esto modo, por ejemplo, en condados donde se incrementaron las «muertes por desesperación», o donde aumentaron las tasas de mortalidad como producto del abuso de alcohol o drogas y/o suicidios, y/o donde la expectativa de vida se redujo (Bor, 2017) —ambos excelentes indicadores por defecto de la desigualdad (LeClere & Soobader, 2000; Bor, Cohen, & Galea, 2017; Case & Deaton, 2015)—, los votos de los blancos se corrieron significativamente hacia los republicanos. Aunque a nivel nacional la expectativa de vida se incrementó en 5,3 años durante este período, en condados donde tal indicador se estancó o declinó entre 1980 y 2014 se dio una mucho mayor probabilidad entre votantes blancos de votar por Trump, abandonar el Partido Demócrata o no votar en absoluto en 2016 (Bilal, Knapp, & Cooper, 2018).

El panorama que ofrecen estos votantes principalmente blancos es en extremo perturbador. Las tasas de mortandad como producto del abuso de drogas, especialmente por la epidemia de opioides «legales», se han incrementado en más de 600% desde 1980¹⁰ y los suicidios están en aumento en este período en más de 25%; se trata desproporcionadamente de un «problema de gente blanca». En condados donde se habían producido logros por debajo del promedio en cuanto a expectativa de vida, la mayoría de los votantes blancos optó por Trump¹¹; en condados donde la expectativa de vida mostraba avan-

¹⁰ El Centro Nacional de Estadísticas de Salud afirmó que en 2016 unas 63.600 personas murieron a causa de sobredosis de drogas. Nótese que estas son drogas «legales». Insys Therapeutics, fabricante de Subsys (potente formulación de fentanilo de administración sublingual), ofrecía enormes sobornos a doctores que recetaban este producto a sus pacientes, práctica que también ocurría con otras compañías (Case & Deaton, 2015).

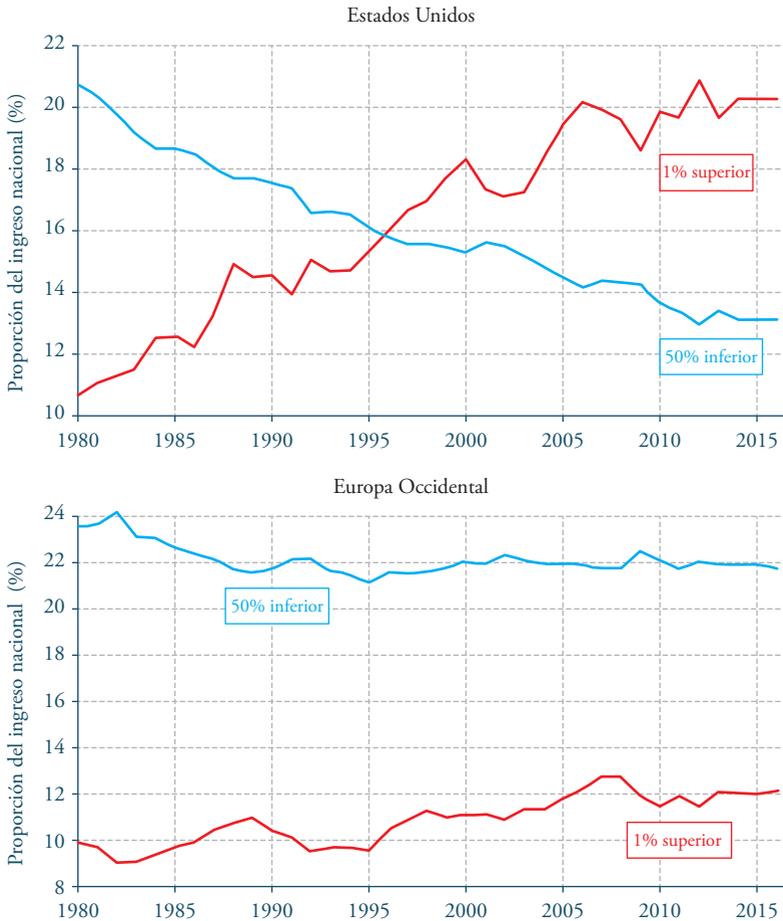
¹¹ Sorprendentemente, en condados donde Trump ganó, la tasa de muertes ha aumentado en casi un 8%

ces por encima del promedio, la mayoría de los votantes optaron por Hillary Clinton. Aunque en condados donde se dieron logros por encima del promedio en cuanto a expectativa de vida el número total de votos para los dos grandes partidos se incrementó en 1,3 millones, este número se redujo en 1,9 millones en condados donde el mismo indicador tuvo un desempeño por debajo del promedio. En condados con escasos logros en términos de supervivencia, el número de votos perdidos por los demócratas excedió el de los ganados por los republicanos (Bor, 2017). En resumen, la desigualdad extrema ayudó a los republicanos a obtener el voto de los blancos. También alimentó la política identitaria, especialmente el racismo manifiesto, pero no exactamente de la manera que es explicada por quienes proponen la «política de las identidades», tal como lo muestra el complicado ejemplo sobre las razas. Ello sugiere que la clase trabajadora blanca y la clase media restante estaban al menos igualmente temerosas de quedar rezagadas en términos de clase y estatus —una función de desigualdad extrema— (Hochschild, 2018).

Finalmente, aunque las diferencias socioeconómicas se han incrementado a ambos lados del Atlántico, la tendencia ha sido mucho más pronunciada en los Estados Unidos. Durante las últimas décadas, sus niveles se han incrementado en países como Alemania, Suecia y el Reino Unido, pero las familias en los Estados Unidos se encuentran mucho más diferenciadas económicamente (OECD, 2011). De hecho, la trayectoria de este país es completamente distinta a la de Europa. Por consiguiente, el declive de los Estados Unidos que aquí se registra no era de ninguna manera inevitable, como a menudo sostienen quienes culpan a la globalización y defienden las desigualdades. Ello es evidente a través de la comparación con Europa Occidental, donde resulta particularmente llamativa la diferencia con los Estados Unidos a partir de 2008. En la figura 6 se advierte que, en 1980, mientras la proporción de ingreso para el 1% superior era cercana al 10% tanto en Europa como en los Estados Unidos, en 2016 este se elevó apenas ligeramente a 12% en Europa Occidental. Por el contrario, en los Estados Unidos, ¡se disparó a más del 20% y posteriormente creció más todavía! De esta manera, en los Estados Unidos se produjo una concentración extrema en la cúspide de la pirámide, lo que en Europa no ocurrió. Mientras tanto, en Europa Occidental, el 50% inferior se las arregló para mantener prácticamente su proporción del ingreso, mientras que en los Estados Unidos la proporción del ingreso del 50% inferior cayó en picada de manera sostenida.

entre los años 2000 y 2015 y era 15% más alta en condados que oscilaron más drásticamente hacia el Partido Republicano que en 2008 (Bor, 2017).

Figura 6
Comparación de las trayectorias de desigualdad, Estados Unidos y Europa Occidental, 1980-2015 (en porcentajes; distribución de ingreso nacional del 1% superior frente al 50% inferior; trayectorias divergentes de desigualdad en el ingreso)



Nota

En 2016 el 1% superior de Europa Occidental recibió el 12% del ingreso nacional, en comparación con el 20% en Estados Unidos; en 1980, el 1% superior en Europa Occidental recibió el 10% del ingreso nacional, en comparación con el 11% en Estados Unidos.

Fuente: WID World (2017; para las series de datos y notas, ver: wir2018.wid.world).

3. La manipulación «una persona, un voto»

La trayectoria de la desigualdad en los Estados Unidos objetivamente ha enfrentado a los súper ricos contra una clase media en contracción y lo que a menudo se ha llamado el *precarariat* –aquella población que percibe que su propia situación es azarosa o lo es potencialmente (Standing, 2011a)–. Al mismo tiempo, en el extremo inferior, se ha reducido la distancia entre los blancos y los no blancos. Debido a que estas desigualdades extremas se han hecho invisibles y a que son (falsamente) consideradas como el inevitable resultado del capitalismo *per se*, la creciente inseguridad de este *precarariat*, independientemente de su identidad, dificulta cada vez más que pueda vislumbrar un futuro viable. Sin embargo, la visibilidad de las diferencias de identidades, en comparación con la invisibilidad de la creciente concentración de riqueza en la cúspide de la pirámide, hace relativamente fácil que los líderes políticos indispongan a diversos grupos afectados entre sí –postura que ha adoptado el Partido Republicano–. Ni la desigualdad extrema ni la intolerancia manifiesta se pueden revertir fácilmente, especialmente donde las divisiones basadas en la identidad tienen antecedentes tan arraigados y donde el dinero invisible puede capturar el mundo de la política, los partidos y las instituciones.

Cuando las desigualdades se vuelven demasiado grandes, los intereses económicos dan forma a la política de maneras nuevas y cualitativamente diferentes. Aunque los poderosos intereses económicos siempre hayan tenido un desproporcionado poder político, el «ciclo vicioso» de su interacción consiste en la manera en que intereses y agentes específicos obtienen el poder y los recursos para dar forma a la política, a las políticas públicas y a las instituciones de maneras especialmente torcidas en beneficio de sus propios intereses (Karl, 2000). Ello, a su vez, exacerba el patrón de riqueza concentrada, alienta la «captura» adicional de las instituciones políticas y conlleva una representación decreciente de la mayoría de los ciudadanos. Esta no es la manera en que deben

funcionar las democracias. El problema, sin embargo, se complica cuando el propio sistema electoral puede ser manipulado, no solo mediante el uso de dinero sino a través de mecanismos que son exclusivos de las instituciones estadounidenses.

Los Estados Unidos operan abrumadoramente sobre el «principio del flautista» de Lessig (2018), es decir, que quien paga al músico elige la canción («he who pays the piper calls the tune»), y ello ha afectado profundamente a la democracia. En retrospectiva, la crisis económica de inicios de la década de 1980 fue la estocada final a cuatro décadas del Nuevo Acuerdo de Roosevelt, un pacto social más equitativo. La crisis económica más significativa desde la Gran Depresión –caracterizada por niveles récord de inflación, elevado desempleo y crecimiento más lento de lo normal– propició una nueva orientación completamente antiequidad del neoliberalismo¹², la movilidad y financiación del capital, la toma de posesión del Partido Republicano por parte de extremistas y la determinación de parámetros de políticas para el Partido Democrático. También explica la manipulación basada en la identidad, es decir, en raza, etnia, género, etc. Por estas razones, la crisis financiera de 2008 produjo posteriormente las incluso más alarmantes desigualdades mostradas antes, al mismo tiempo que afianzó una estrategia política de derecha basada en la mayor expansión del capital financiero en el sistema de gobierno, la manipulación del voto y la dependencia respecto a resaltar la importancia de los temas de identidad en comparación con la pobreza y la desigualdad.

En el pasado, el propio mercado generaba la captura electoral (Przeworski & Wallerstein, 1988), es decir, el hecho de que quienes cuentan con más capital siempre han tenido mayor influencia. Pero la situación actual es cualitativamente diferente. Con el fallo de la Corte Suprema de los Estados Unidos en el caso «Ciudadanos Unidos versus la Comisión de Elecciones Federales», la política se ha convertido cada vez más en el juego exclusivo de los súper ricos de una manera que evoca las décadas de 1880 y 1920. Tómese, por ejemplo, el incremento de los *lobbies*¹³. En 1971, existían apenas 175 empresas dedicadas a esta actividad, todas ellas ubicadas en Washington. Hacia 1982, su número había crecido hasta llegar a 2.500 y antes de la crisis de 2008 había un sor-

¹² Con esto me refiero a la creencia que sostienen los intereses corporativos y, cada vez más, los políticos de que un paquete de políticas –que incluyen desregulación de las empresas y las finanzas, agudos y drásticos recortes al gasto social y reducción de tributos a los sectores ricos, así como un nuevo marco normativo respecto a la superioridad del mercado– era la solución a todos los problemas económicos (Cerny, 2018). Este modelo presenta dos errores fundamentales: crea una «triple hemorragia económica» de gasto en importaciones, pérdida de empleos en el sector de manufacturas y traslado de inversiones hacia zonas francas, lo cual a su vez produce mayor dependencia en una deuda creciente e inflación de precios de bienes (Palley, 2011).

¹³ Gestión de intereses particulares (nota de traducción).

prendente número de 13.162 firmas dedicadas al *lobby* (Brill, 2018). Bajo el Gobierno del presidente Trump, la actividad de estos grupos ha alcanzado su punto más alto de los últimos siete años, a pesar de las promesas formuladas de «drenar el pantano» (Delk, 2018). Puede apreciarse un crecimiento igualmente pasmoso del número de Comités de Acción Política (PAC): en 1974, existían apenas 89, pero, para el año 2014, ¡existían 3.664 PAC! Cambios realizados en la legislación a nivel estatal han significado que la mayoría de estos PAC en algunos estados, como Wisconsin, no se encuentran registrados ni son regulados –lo cual es totalmente contrapuesto al objetivo de un Gobierno transparente e incorruptible– (DeFour, 2017).

Las ramificaciones políticas del «principio del flautista» son enormes, especialmente en su interacción con un sistema bipartidista de elección por mayoría simple y un rango de instituciones no representativas, pero supuestamente democráticas. En este esquema, la combinación perversa de dinero con mensaje resulta más riesgosa que en los sistemas parlamentarios europeos, lo que se debe en parte a que los sistemas parlamentarios pueden incorporar partidos periféricos, mientras que en los Estados Unidos la única alternativa consiste en capturar a uno de los partidos principales, contribuyendo de esta manera a exacerbar la crisis de representación (Drutman, 2018)¹⁴. Antes de la elección de 2016, el 61% de los encuestados afirmaban que ningún partido político reflejaba sus opiniones, mientras que el 38% estaba en desacuerdo con esta declaración. Era significativo que virtualmente no existiera variación debida a la clase o raza de los entrevistados. Ello no resulta sorprendente. En el estudio empírico más grande realizado para medir la respuesta del Gobierno a través de decisiones reales, el cual consideraba el poder relativo de las élites económicas, los intereses organizados y los votantes promedio, estos últimos ostentaban virtualmente nula influencia. Tal como Gilens y Page concluyeron en este estudio: «Cuando se toman en cuenta las preferencias de las élites económicas y los grupos de interés organizados, las preferencias correspondientes al estadounidense promedio parecen tener apenas un impacto estadísticamente insignificante, cercano a cero, sobre las políticas públicas» (2014, p. 575). ¿Cómo podría ser de otra manera cuando cerca del 90% del financiamiento de la política estadounidense proviene de apenas unas 100 familias que buscan representar sus propios intereses?¹⁵

¹⁴ Se supone que los sistemas bipartidistas de elección por mayoría simple sirven para moderar las opiniones radicales y no permitir la elección de un líder autoritario. Esta fue la fortaleza de los Estados Unidos durante muchos años, pero ahora se considera que el sistema bipartidista constituye «el problema».

¹⁵ De los 100 multimillonarios más ricos del mundo, 36 son ciudadanos estadounidenses y, por ello, ele-

El papel que el dinero cumple en la política, alimentado por la masiva concentración de riqueza en la cúspide de la pirámide, no es sino una manifestación —si bien la más importante— del carácter no representativo de la democracia estadounidense. Lo que ello posibilita es la divergencia entre el principio democrático «una persona, un voto» y la influencia real. Aunque es cierto que algunas instituciones como el Senado de los Estados Unidos fueron diseñadas explícitamente de esta manera, el cambio de los patrones demográficos a lo largo del tiempo significa que «la mayoría del Senado representa actualmente apenas al 18% de la población del país» (Wasserman, 2018). Debido a la enorme disparidad en cuanto a tamaño de la población entre los estados más grandes y los más chicos, en California —el mas grande en cuanto a población— un senador representa a casi 19,8 millones de personas, lo que equivale a más de 68 veces la representación de un senador de Wyoming (290.000 personas). Esta realidad de por sí plantea serios cuestionamientos sobre la legitimidad democrática del Senado (Lee & Oppenheimer, 1999). Más aún, los estados sobrerrepresentados que tienen poblaciones reducidas son predominantemente blancos y tienden a mostrar en su población una proporción mucho menor de inmigrantes y minorías étnicas, lo cual ha hecho que los votantes de minorías estén más subrepresentados en el Senado de los Estados Unidos que en cualquier época desde 1870. Ello crea un número inusualmente elevado de actores políticos con capacidad de veto para bloquear el cambio social. En comparación con casi todas las democracias desarrolladas, los Estados Unidos tienen una de las estructuras legislativas menos representativas y uno de los senados con la peor distribución de poder del mundo¹⁶. Ello ha distorsionado la representación y generado un sesgo hacia los estados pequeños conservadores y blancos al interior del sistema político, el cual se proyecta para ampliarse más aún en la medida en que los Estados Unidos se vuelven más diversos, lo que ya ejerce un poder de veto considerable sobre las políticas.

gibles para realizar donaciones masivas a candidatos y otros grupos de presión política en este país. El blog Open Secrets identificó que 30 de estas personas así lo hicieron, aportando un total de US\$ 184,4 millones. La mayor parte de estos fondos fueron al Partido Republicano. 8 de estos multimillonarios son considerados megadonantes que han entregado US\$ 102 millones a las causas del Partido Republicano y US\$ 74 millones a los demócratas (Balcerzak, 2017).

¹⁶ Debido a que el Senado fue establecido a través del llamado Compromiso de Connecticut para dar dos votos a cada estado, California, el más grande, tiene dos senadores para representar a una población de casi 40 millones de personas, pero igualmente los tiene Delaware, con una población de menos de 1 millón. Ello se hizo originalmente para proteger el derecho al sufragio de los hombres blancos propietarios de esclavos y ha supuesto que el Senado históricamente bloqueara la abolición de la esclavitud, la legislación contra el linchamiento de personas, la promoción de los derechos civiles y el acceso a servicios de salud.

El grado de esta subrepresentación resulta evidente al considerar los cambios demográficos, tanto actuales como previstos. Los Estados Unidos son ahora más diversos en términos raciales y étnicos que en cualquier momento de su historia y se proyecta que lo serán aún más en el futuro. El censo proyecta que los blancos se convertirán en minoría hacia el año 2040 (Burtles, 2012). Actualmente, como se señaló, una proporción casi récord de 14% de la población del país ha nacido en el extranjero, en comparación con apenas un 5% en 1965¹⁷. Respecto a las poblaciones minoritarias, se proyecta que entre los años 2018 y 2060 se producirá el más grande crecimiento de las poblaciones plurirraciales (176%), asiáticas (93%) e hispanas (86%). Si los blancos no serán mayoría en el futuro, los cristianos apenas corren una mejor suerte: también declinarán como proporción de la población de los Estados Unidos, mientras el número de adultos estadounidenses que no se identifican con ninguna religión organizada ha aumentado significativamente¹⁸. Esta tendencia es mayormente impulsada por los *millennials* —es decir, aquellos ciudadanos nacidos entre 1981 y 1996—.

Tomados en conjunto, los cristianos blancos ya no son mayoría en los Estados Unidos, lo que constituye un enorme cambio, dado que en 1976 representaban ocho de cada diez estadounidenses, lo que ayuda a explicar la intensa manipulación del voto por parte del Partido Republicano de maneras que no pueden realizarse en los tipos de sistemas parlamentarios y de registro permanente de votantes que caracterizan a Europa Occidental¹⁹. Debido a que estas tendencias están avanzando muy rápidamente, solo han producido un Senado y un Colegio Electoral que están estructuralmente parcializados para favorecer a aquellos sectores de los Estados Unidos más hostiles a los grandes cambios sociales y económicos y a la creación de un sistema con mayor representatividad. Tal como lo explican Lee y Oppenheimer: «El hecho de que la brecha racial sea tan profunda entre los partidos y la separación urbano-rural tan grande entre los partidos coincide de manera problemática con el sesgo

¹⁷ Asia ha reemplazado a América Latina como la mayor fuente de nuevos inmigrantes, mientras que la migración neta desde México se volvió negativa tras la crisis de 2008 (pese al falso panorama presentado por Trump).

¹⁸ Aunque los Estados Unidos siguen siendo el país con mayor número de cristianos en el mundo, el porcentaje de estadounidenses que se identifican como tales disminuyó de 78% en 2007 a 70% en 2017, dejando a todo un 30% de los estadounidenses excluidos de la definición de una nación cristiana. En contraste, quienes no tienen afiliación religiosa han aumentado en 7% en ese mismo intervalo y el año 2018 sumaban el 23% de los estadounidenses adultos.

¹⁹ En 2017, apenas el 43% de los estadounidenses se identificaban como blancos y cristianos y únicamente el 30% como blancos y protestantes. Además, menos de uno de cada cinco estadounidenses (17%) se identificaban como blancos protestantes evangélicos, por debajo de casi la cuarta parte de la población (23%) que así lo hacía una década antes (Public Religion Research Institute, PRRI, 2017).

en la representación del Senado» (1999). Y tal sesgo se refleja también en el Colegio Electoral y en la composición de la Corte Suprema, porque corresponde al Senado confirmar las nominaciones a estas instituciones. De modo que todo está entrelazado.

Luego, añádase a ello la manipulación de la circunscripción electoral (la práctica singular del sistema estadounidense de alterar la configuración del distrito electoral cada diez años) y la supresión de votantes, orientada principalmente a ganar el control de la Cámara de Representantes. Dada la cambiante demografía estadounidense, el Partido Republicano desarrolló una estrategia electoral para mantener ese control hasta donde le fuese posible, estrategia diseñada especialmente luego de que la abrumadora concurrencia de votantes a la elección de Obama en 2008 dejase absolutamente pasmados a los líderes de ese partido. La estrategia ha sido dual, empezando con el rediseño de los mapas electorales en favor de los republicanos. El Partido Republicano desarrolló el Proyecto Mapa Rojo, considerado por algunos como una «manipulación desmesurada de la circunscripción electoral»²⁰. Dado que las leyes de votación son determinadas a nivel estatal, no federal, el Proyecto Mapa Rojo se concentró en las elecciones legislativas estatales porque, de ganar estas, el Partido Republicano podría usar el censo de 2010 para cambiar el diseño de los distritos de votación —con el silencioso apoyo de los grandes donantes—. El raciocinio era simple: controlar el proceso de reordenamiento electoral en lo que se conoce como estados «en disputa» tendría el más grande impacto sobre la determinación de cómo se diseñarían las fronteras de los distritos tanto legislativos como congresales en los estados. Ello, a su vez, creaba la oportunidad de solidificar la gestión de políticas conservadoras a nivel estatal y, supuestamente, de mantener un baluarte republicano en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos durante al menos la próxima década²¹, hasta el censo de

²⁰ Cada diez años, después de realizar un censo que corresponde a una década, cada estado vuelve a trazar los mapas de circunscripciones o distritos electorales para el Congreso. En teoría, se supone que esta reasignación de circunscripciones electorales sirva para reconfirmar que todos los distritos están igualmente poblados y representados. Sin embargo, tal práctica de hecho da a los políticos la oportunidad de trazar a su favor el mapa de un nuevo distrito mediante la manipulación de los parámetros del censo. Aunque ambos partidos recurren a esta práctica indebida, la manipulación de la circunscripción electoral fue especialmente clamorosa en 2010.

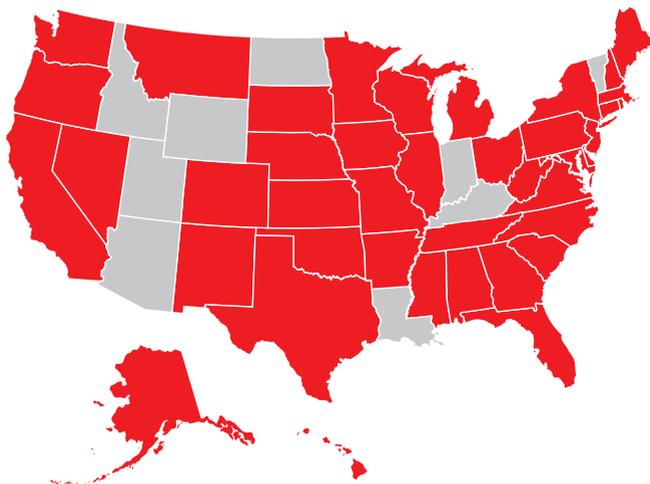
²¹ Se trata de The Redistricting Majority Project (Redmap, s. f.), enfocado en recursos clave para las cámaras legislativas en los estados y proyectado para ganar o perder escaños en el Congreso para el año 2011, basándose en datos del censo. Para 2013, este proyecto se había apoderado de la cámara de legisladores. Ello también explica la controversia respecto al intento de manipulación del próximo censo por parte del gobierno de Trump. Consultar, de Michael Wines y Emily Baumgaertner, «At least twelve states to sue Trump administration over census citizenship question» (2018; «Por lo menos doce estados enjuiciarán al gobierno de Trump por pregunta sobre ciudadanía en el censo»); para conocer este plan, revisar: National Republican Committee (s. f.).

2020. Por consiguiente, los distritos de la Cámara de Representantes fueron manipulados a lo largo del país, produciendo un Congreso en el cual hubo competencia en menos de 100 escaños, lo cual significa que la minoría en tres cuartas partes del país nunca tuvo la oportunidad de elegir un representante. Tal como lo expresó la revista *The Economist*: «En una democracia normal, los votantes eligen a sus representantes. En los Estados Unidos, la situación se está volviendo rápidamente la inversa» (2002).

Un segundo aspecto de esta estrategia de los republicanos —las acciones para la supresión de votantes— fue igualmente diseñado de manera consciente para garantizar una mayoría conservadora (léase «blanca»). Su meta consistía en mantener la concurrencia de votantes tan baja como fuera posible, especialmente evitando el sufragio de los afroestadounidenses que tienden a votar en 94% a 95% por el Partido Demócrata. Pero también se orientaba a otras minorías, a pobres y a jóvenes. Los republicanos siempre han sabido que mientras menor sea la participación electoral, mayores son sus oportunidades de ganar. Sin embargo, actualmente, y en especial con la ayuda de la interferencia rusa estratégicamente ubicada y muy bien dirigida en las elecciones de 2016 (de lo cual no nos ocuparemos aquí), 34 estados han promulgado leyes para la restricción de votantes, nuevas medidas de identificación, recortes a la votación anticipada, normas y regulaciones estrictas y una veintena de otros dispositivos, especialmente la constante rerreinscripción, que afecta desproporcionadamente a minorías, a pobres y a jóvenes —la base del triunfo de Obama en 2008— (figura 7). Con el apoyo de una Corte Suprema dominada por los conservadores que apenas por un voto de diferencia revirtió la Ley de Derecho al Voto de 1965, tales tácticas tuvieron un enorme impacto para que los republicanos se apoderen de la Presidencia y las dos cámaras del Congreso. Las nuevas restricciones a las leyes sobre votación incluyen severas normas para los aspectos ya señalados y también limitaciones a la inscripción automática, inhabilitación de quienes han recibido condenas penales y descarada intimidación de votantes pertenecientes a minorías.

Para apreciar una excelente descripción de dicho plan y su relación con donaciones anónimas que se proponen influenciar las elecciones, consultar, de David Daley, «How the Republicans rigged Congress. New documents reveal an untold story» (2018); «Cómo los republicanos amañaron el Congreso. Nuevos documentos revelan una historia inédita»).

Figura 7
Estados con legislación restrictiva sobre la votación introducida desde 2011,
Estados Unidos



- 41 estados implementaron 180 leyes restrictivas.
- 34 estados implementaron leyes que requieren un documento de identificación con fotografía para votar.
- 17 estados implementaron requisitos de certificado de ciudadanía.
- 16 estados presentaron proyectos de ley para restringir el registro de votantes.
- 9 estados implementaron proyectos de ley para reducir los períodos de votación anticipada.

Fuente: Brennan Center for Justice.

El impacto tanto de la manipulación de la circunscripción electoral como de la supresión de votantes resulta evidente. Recuérdese que Donald Trump ganó en el Colegio Electoral por apenas 80 mil votos y perdió ante Hillary Clinton en el voto popular. Para la elección de 2016, tres estados revestían especial importancia para la victoria de Trump en el Colegio Electoral. En primer lugar, Wisconsin, donde las leyes para supresión de votantes promovidas por los republicanos eran especialmente estrictas y se negó el derecho a votar a 300 mil personas porque no se habían inscrito correctamente o carecían de documentos de identidad necesarios bajo las nuevas regulaciones. Ello ocurrió principalmente en Milwaukee, que era un distrito pro-Hillary Clinton con abrumadora mayoría de población afroestadounidense. Donald Trump ganó el conteo electoral en este estado por un monto de apenas 27 mil votos, pese a

que los republicanos no habían ganado en Wisconsin desde 1984²². En segundo lugar, Michigan, donde Trump ganó por el margen más estrecho, recibiendo apenas 10 mil votos más (de los 4,8 millones de votos emitidos) que la candidata demócrata Hillary Clinton; en este estado, la rezoñificación fue considerada entre las «peores de la nación» y el Senado de Michigan, que aprobó leyes para supresión de votantes, fue calificado como el cuerpo legislativo menos representativo de todos (Roelofs, 2017). En tercer lugar, Pennsylvania, donde Trump ganó por 44.292 votos más que Hillary Clinton y recibió 20 votos del Colegio Electoral, leyes especialmente severas de identificación de votantes se combinaron con la rezoñificación para privar del derecho a votar a miles de electores, especialmente en partes del área de Filadelfia. En este estado, la población afroestadounidense en edad de votar se redujo ¡de 54% a 24%, solo en un distrito! Si se analizan únicamente estos tres estados, la elección fue determinada efectivamente por 107 mil personas —menos del 0,09% de todos los votos emitidos en esta elección²³—.

Adviértanse aquí las diferencias con Europa. Lo que distingue a los Estados Unidos de la mayoría de países europeos es que ningún partido importante en ellos puede hacer que votar sea tan difícil mediante la manipulación del sufragio, tanto porque allí el derecho a votar está garantizado para todos los ciudadanos y esa garantía se hace cumplir, como porque la inscripción de votantes es permanente. Sin embargo, la larga trayectoria de manipulación del sufragio en los Estados Unidos, que es más perjudicial en sistemas de representación directa, depende de hacer la inscripción de votantes y la votación en sí misma lo más difíciles que sea posible (Karl, 2000). Más aún, la manipulación se ha vuelto cada vez más sofisticada, especialmente debido a la decisión de la Corte Suprema en 2013 de eliminar una sección importante de la Ley de Derecho al Voto, lo que afectó mayormente a áreas con larga trayectoria de discriminación racial.

²² En el condado de Milwaukee, que cuenta con una considerable población afroestadounidense, se registraron 6 mil votos menos en 2016 respecto a 2012. Para ponerlo de otra manera, Hillary Clinton recibió 43 mil votos menos en ese condado frente a los de Barack Obama, número que es casi el doble del margen que dio la victoria a Trump en todo el estado de Wisconsin (Toobin, 2016).

²³ Este número no incluye a Carolina del Norte, donde la votación de afroestadounidenses **disminuyó en más del 8%**, a pesar de que otros estados del sur sin leyes de supresión de votantes experimentaron considerables aumentos de más del 18%; tampoco las purgas de listas de votantes en Ohio, que eliminaron a por lo menos 200 mil votantes; ni a Florida.

4. Conclusión: el círculo vicioso de desigualdad extrema y representación política sesgada

El populismo de derecha que se manifestó especialmente en las elecciones de 2016 en los Estados Unidos se asemeja al de Europa Occidental con el surgimiento del nacionalismo blanco, pero existen profundas diferencias. En los Estados Unidos, donde los académicos persistentemente han restado importancia a las clases sociales, el uso del temor y el odio por parte de Trump a menudo conduce a un énfasis excesivo sobre temas identitarios, especialmente en aspectos basados en raza e inmigración, y sirve para ocultar la extrema desigualdad en el país, la cual amenaza la democracia en este lado del Atlántico más que en la mayor parte de Europa Occidental. Con seguridad, los republicanos tienen mucho más arraigo con los votantes blancos e incapacidad para atraer a muchas minorías. Sin embargo, gran parte de sus votantes blancos, los llamados «votantes de la desesperación», no tienen una afiliación partidaria firme y han cambiado sus preferencias de Obama a Trump. No se trata de fervientes votantes de Trump, aunque votaron desproporcionadamente por él. Esta distinción es importante. Debido a la combinación de desigualdad extrema y uso de insultos raciales provocadores por parte de Trump, no resulta particularmente difícil explicar por qué él capturó a la mayoría de los votantes muy ricos (48-46%), blancos (58-37%), varones (53-41%), mayores de 50 años (53-41%), con menor instrucción (51-45%) y residentes en ciudades pequeñas y rurales (62-34%), todos los cuales creían, en forma acertada o equivocada, que se beneficiarían de las políticas promulgadas por los republicanos. Lo que resulta sorprendente, al menos según la narrativa usual de Trump, es que no haya obtenido los votos de la mayoría de los votantes pobres y de otros grupos de bajos ingresos, es decir, de las personas que ganan menos de US\$ 50.000 y de US\$ 30.000 al año, la escala más baja considerada, quienes

votaron abrumadoramente por Clinton (53-41%). Aunque estos eran parte de minorías, también hubo votantes blancos, especialmente en ciudades grandes, que tienen mayormente población de clases trabajadoras.

El problema de cambiar las desigualdades extremas y de falta de representación que produjeron los resultados electorales de 2016 reside en la manera en que el dinero y las divisiones se han incrustado en ambos partidos. Los cristianos blancos se han desbandado hacia el Partido Republicano y actualmente constituyen una minoría en el Partido Demócrata. Al presente, menos de un tercio (29%) de los demócratas son cristianos blancos, en comparación a la mitad (50%) que representaban hace una década, apenas el 14% de los jóvenes demócratas (entre 18 y 29 años de edad) se identifican como cristianos blancos y un 40% declaran no tener afiliación religiosa alguna (Bor, 2017). Por consiguiente, el Partido Demócrata ha conquistado a todas las minorías, mayormente a mujeres y pobres, aunque no hay razón para que no pueda capturar a aquellos sectores cuyo estatus ha declinado. Ello no obstante, debido al financiamiento de las elecciones, el éxito o el fracaso de los candidatos en las elecciones primarias todavía depende considerablemente de ese encumbrado 0,01% en ambos partidos y las políticas aún están parcializadas a su favor y en contra de la mayoría de los demás sectores. Si la extraordinaria movilización que marcó la primera campaña de Obama, tanto en términos de recaudación de fondos a pequeña escala como de voluntariado, pudiera darse sin el fracaso de las políticas que siguieron a la crisis de 2008, esto también podría ser superado.

La debilidad de este círculo vicioso –y lo que en última instancia significará su discontinuación– reside en la interacción entre desigualdad extrema, auges de créditos y crisis financiera, tal como ha sido demostrado en los trabajos de Rajan (2010) y de Kumhof y Ranciè (2011). En los Estados Unidos se han producido crisis profundas únicamente en tres ocasiones durante los últimos 100 años: una vez ocurrió en la década de 1920, la segunda vez empezó a inicios de la década de 1980 y la tercera fue la crisis de 2008. La crisis de la década de 1980 creó las bases para la de 2008 y a su vez la crisis económica de 2008 allanó el camino para la más grande oleada de desigualdades en la historia de los Estados Unidos, así como para la elección de Donald Trump en 2016. El resultado ha sido la promulgación de más políticas públicas para favorecer a los ricos. Tómese, por ejemplo, las políticas tributarias, que han estado basadas en recortes consecutivos de impuestos que son lo opuesto a las políticas para producir igualdad. Estos recortes de impuestos se han producido constantemente en 2002, 2003, 2004, 2006, 2008 y 2017 y todos ellos

benefician a los ciudadanos más ricos²⁴. En términos reales, esto ha significado a su vez recortes proporcionales en ingresos fiscales **hasta llegar a niveles de 1940**. En consecuencia, estos impuestos no aplicados necesariamente deben ser compensados con recortes presupuestales, déficits y endeudamiento. Si no fuera así, considérese por qué nadie fue juzgado después del colapso financiero de 2008, luego de que el Partido Demócrata fuera sancionado por el capital financiero en los ciclos electorales entre los años 2008 y 2018. Tal como lo expresa Lessig: «En retrospectiva, parece evidente que ninguna política sensata podría sobrevivir a la descontrolada búsqueda de fondos de campaña que marcó la emergente competencia entre republicanos y demócratas...» (2018, p. 60).

Las crisis financieras y económicas persistentes producen oleadas de cambios en las políticas; y las crisis que tienen una duración inusual conllevan una difundida insatisfacción. Ello produce las fallas sistémicas vistas en 1979-1980, y especialmente en 2008 (Reinhart & Rogo, 2009). Si no son resueltas, estas fallas se volverán a producir –más prolongadas y peores–. La dirección del cambio ha sido promover el populismo de derecha, el capitalismo clientelista y lo que crecientemente se considera como una cleptocracia en los Estados Unidos. Cuando las crisis producen especialmente el descenso tanto de la clase media como de las clases más bajas y van emparejadas con mensajes racistas o nacionalistas por parte de sus líderes, casi siempre tienden a beneficiar a la derecha y a los ricos.

Ello, sin embargo, no es inamovible. Cuando la concentración extrema de riqueza produce corrupción y políticas fallidas y cuando se ofrece una alternativa clara a una verdadera mayoría, existe la oportunidad de un cambio progresista. Esta es la oportunidad en los Estados Unidos para el Partido Demócrata en la actualidad. Ello ocurrió durante la primera mitad del siglo XX, cuando este y otros países de la OECD lograron consistentemente menores niveles de desigualdad recurriendo a impuestos relativamente altos y al gasto social, así como a una mayor productividad para que «la marea alta eleve todos los barcos» (Garfinkel, Rainwater, & Smeeding, 2010). La tendencia actual consiste en rechazar enfáticamente lo que el Partido Republicano representa, pero también en desconfiar del Partido Demócrata por el hecho de que este

²⁴ Entre 1985 y 2008, según datos proporcionados por el Servicio de Impuestos Internos (IRS), los 400 estadounidenses más ricos obtuvieron un **recorte** porcentual del impuesto federal a la renta sobre sus ingresos, de 29% a 18% (Kocieniewski, 2012). Los impuestos de Trump en 2017 también benefician de manera asaz desproporcionada a los más ricos. Este replanteamiento del código tributario, que contó con el respaldo de los republicanos y fue promulgado en diciembre de ese año, resultó ser el foco del mayor esfuerzo de influencia política en 2017, donde casi 1.400 grupos ejercieron presión política en favor o en contra de esta legislación.

también se enfrenta al veto de los ricos y, por consiguiente, ha incumplido con lo que la mayoría quiere y necesita.

Son bien conocidas las políticas para acabar con las desigualdades extremas, especialmente el llamado impuesto a la riqueza, incrementos en el salario mínimo, provisión de atención de salud para todos y una robusta regulación del capital financiero. Ello también aplica a las relativamente obvias maneras de estructurar las instituciones democráticas de manera que otorguen mayor representación a un rango más amplio de ciudadanos, por ejemplo, empezando por eliminar la manipulación de las circunscripciones electorales y hacer que el registro de electores sea fácil y permanente. Si la meta consiste en reducir las desigualdades extremas, así como en representar de manera igualitaria a los ciudadanos para sacar a la democracia de la crisis, el objetivo central debe ser disminuir el papel que el dinero juega en la política. No existe otra fuente de exclusión tan dramática (e invisible) en nuestra democracia actual y no hay ninguna otra que resulte tan trascendental para todas las identidades (muy visibles) que componen el pueblo estadounidense. Cualquier otro problema fluye de esta desigualdad extrema, o es exacerbado por ella. Más aún, la vasta mayoría de los estadounidenses —a diferencia de sus políticos— son liberales o progresistas respecto a este tema y a muchos otros²⁵. A los estadounidenses por lo general les molesta la creciente desigualdad, la influencia en la política de las grandes corporaciones —especialmente de las empresas financieras— y el deterioro de los estándares de vida; les preocupa que su Gobierno sea capturado por los poderosos y ricos y quieren un Gobierno que sirva al bien común; también desean reformar las instituciones democráticas para hacerlas más sensibles y fiscalizables. En otras palabras, la mayoría de los estadounidenses favorecen una agenda liberal o progresista —aunque algunos rechacen estas etiquetas—.

Resulta incierto si el Partido Demócrata, tras ser castigado financieramente por los súper ricos en cada elección desde 2008, recogerá este reto. Hacerlo no solo implica acoger la fuerte regulación del capital financiero y la imposición

²⁵ Así, por ejemplo, **el 82% de los estadounidenses** considera que las personas ricas tienen demasiado poder e influencia en Washington; un 69% piensa que las empresas tienen demasiado poder e influencia en Washington; un **78% de los probables votantes** respalda la aplicación de reglas más estrictas sobre el sector financiero; un **59% de los encuestados** en general y, lo que es sorprendente, el 43% de los republicanos, piensa que las corporaciones obtienen «demasiadas ganancias» y un 82% piensa que la desigualdad económica es un problema «muy grande» (48%) o «más o menos grande» (34%). Incluso el 69% de los republicanos comparte esta visión. Finalmente, el 96% de los estadounidenses —incluyendo el 96% de los republicanos— considera que la disfuncionalidad del sistema político en los Estados Unidos es causada por la injerencia del dinero en asuntos de política. Las cifras y porcentajes citados aquí provienen de estudios realizados por Gallup, Pew y otras renombradas organizaciones que analizan temas clave que enfrenta este país. Las cifras corresponden a los años 2017 y 2018 y se refieren a estudios realizados a nivel nacional (Dreier, 2017).

de tributos a la riqueza que paga al «flautista», sino que también requiere el procesamiento judicial de aquellos intereses, ya sean privados o gubernamentales, que desvalijan al Gobierno, lo cual no ocurrió durante la administración de Obama. Significa asimismo el fin del capitalismo clientelista que alguna vez estuvo asociado únicamente con países en vías de desarrollo y dictaduras; también la amplia unidad de personas actualmente divididas por invocaciones abiertas a la intolerancia y el odio. Existe el peligro real de una mayor recaída democrática, pero también resultan evidentes las posibilidades de un cambio progresista, tal como lo muestran los resultados de las elecciones de mitad del período legislativo, celebradas en 2018, que fueron sorprendentes dada la masiva manipulación electoral. Los Estados Unidos se encuentran en un punto de inflexión. Sin embargo, dónde, cuándo y en qué dirección se inclinará la democracia estadounidense depende, antes que nada, del robusto activismo y organización de sus ciudadanos, unidos para invocar un cambio.

Referencias

- Albright, M. (2018). *Fascism: A warning*. Nueva York: Harper Collins.
- Alvaredo, F., Chancel, L., Piketty, T., Saez, E., & Zucman, G. (Eds.). (2018). *World inequality report 2018*. Belknap Press of Harvard University Press.
- Balcerzak, A. (31 de marzo de 2017). Richest billionaires are also top political spenders. Open Secrets News. Recuperado de <https://www.opensecrets.org/news/2017/03/richest-billionaires-are-top-political-spenders>
- Barkin, N. (2018). *Trust in US institutions plunges in Trump's first year*. Reuters. Recuperado de <https://www.reuters.com/article/us-davos-meeting-trust/trust-in-u-s-institutions-plunges-in-trumps-first-year-idUSKBN1FB08T>
- Benhabib, J., & Bisin, A. (mayo de 2017). Skewed wealth distributions: Theory and empirics. Documento de trabajo 21924. NBER.
- Bilal, E., Knapp, A., & Cooper, R. S. (2018). Swing voting in the 2016 presidential election in countries where midlife mortality has been rising in white non-Hispanic Americans. *Social Science Medicine*, (197), 33-38.
- Birdsall, N., & Londoño, J. L. (1997). Asset inequality does matter: Lessons from Latin America. Documento de trabajo 284. Recuperado de <https://ssrn.com/abstract=1815972>
- Bor, J. (2017). Diverging life expectancies and voting patterns in the 2016 US presidential election. *American Journal of Public Health*, 107(10), 1560-1562.
- Bor, J., Cohen, G., & Galea, S. (2017). Population health in an era of rising income inequality, United States, 1980-2015. *Lancet*, (10077), 1475-1490.
- Brill, S. (2018). *Tailspin: The people and forces behind America's 50-year. Fall-and those fighting to reverse it*. Nueva York: Knopf.
- Burtles, G. (23 de octubre de 2012). Life expectancy and rising income inequality: Why the connection matters for fixing entitlements. Brookings. Recuperado de <https://www.brookings.edu/opinions/life-expectancy-and-rising-income-inequality-why-the-connection-matters-for-fixing-entitlements/>

- Case, A., & Deaton, A. (2015). Rising morbidity and mortality in midlife among white non-Hispanic Americans in the 21st century. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 112(49), 15078-15083.
- Cerny, P. G. (2018). Embedding neoliberalism: The evolution of a hegemonic paradigm. *The Journal of International Trade and Diplomacy*, 2(1), 1-46.
- Chatterjee P., Kawachi I., & Tsai A. C. (2016). Economic opportunity, health behaviors, and mortality in the United States. *American Journal of Public Health*, 106(3), 478-484.
- Da Costa, P. N. (2017). Inequality is getting so bad it's threatening the very foundation of economic growth. Business Insider. Recuperado de <https://www.businessinsider.com/inequality-impact-economic-growth>.
- Daley, D. (6 de febrero de 2018). *How the Republicans rigged Congress. New documents reveal an untold story*. Salon.
- DeFour, M. (2017). *More campaign donations coming from unregistered PACs since law changed*. Nueva York: Associated Press.
- Delk, J. (20 de enero de 2018). Business lobbying at highest level since 2010. *The Hill*. Recuperado de <https://thehill.com/business-a-lobbying/business-a-lobbying/371033-lobbying-activity-at-highest-level-since-2010-report>
- Dreier, P. (10 de noviembre de 2017). Most Americans are liberal, even if they don't know it. The American Prospect. Recuperado de <https://prospect.org/article/most-americans-are-liberal-even-if-they-don%E2%80%99t-know-it>
- Drutman, L. (2018). *Why America's 2 party system is on a collision course with our constitutional democracy*. Nueva York: Vox.
- Fahmy, D. (31 de julio de 2018). *Americans are far more religious than adults in other wealthy nations*. Pew Research Center. Recuperado de <http://www.pewresearch.org/fact-tank/2018/07/31/americans-are-far-more-religious-than-adults-in-other-wealthy-nations/>
- Fox, K. (6 de agosto de 2019). How US gun culture compares with the world. CNN World. Recuperado de <https://edition.cnn.com/2017/10/03/americas/us-gun-statistics/index.html>
- Frank, R. (2017). *Billionaires get \$1 trillion richer as part of super-rich «super cycle»*. Nueva York: CBS.
- Fukuyama, F. (2018). *Identity: The demand for dignity and the politics of resentment...* Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- Furceri, D., Loungani, P., & Ostry, J. D. (2016). Neoliberalism: Oversold. *Finance & Development*, 53(2016), 38-41.
- Garfinkel, I., Rainwater, L., & Smeeding, T. (2010). *Wealth and welfare states: Is America a laggard or a leader?* Oxford: Oxford University Press.
- Gilens, M., & Benjamin, I. (2014). Testing theories of American politics: Elites, interest groups, and average citizens. *Perspectives on Politics*, 12(3), 564-581.
- Gimpelson, V., & Treisman, D. (2018). Misperceiving inequality. *Economics & Politics*, 30(1), 27-54.

- Hochschild, A. R. (2018). *Strangers in their own land: Anger and mourning on the American right*. Nueva York: The New Press.
- Jencks, C. (2002). Does inequality matter? *Daedalus*, 131(1), 49-65.
- Jones, J. M. (24 de mayo de 2017). *U. S. stock ownership down among all but older, higher-income*. Gallup Economy.
- JPMorgan Chase & Co. (mayo de 2017). The gender gap in financial outcomes. JPMorgan Chase & Co. Recuperado de <https://www.jpmorganchase.com/corporate/institute/report-womans-expenses-brief.htm>
- Judis, J. B. (2016). *The populist explosion: How the great recession transformed American and European politics*. Nueva York: Columbia Global Reports.
- Karl, T. L. (2000). Economic inequality and democratic instability. *Journal of Democracy*, 11(1), 149-156.
- Keyssar, A. (2009). *The right to vote: The contested history of democracy in the United States*. Basic Books. Recuperado de <https://www.basicbooks.com/titles/alexander-keyssar/the-right-to-vote/9780465005024/>
- Kochhar, R., & Cilluffo, A. (2017). How wealth inequality has changed in the US since the Great Recession, by race, ethnicity and income. Pew Research Center. Recuperado de <http://www.pewresearch.org/fact-tank/2017/11/01/how-wealth-inequality-has-changed-in-the-u-s-since-the-great-recession-by-race-ethnicity-and-income/>
- Kocieniewski, D. (18 de enero de 2012). Since 1980s, the kindest of tax cuts for the rich. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2012/01/18/us/politics/for-wealthy-tax-cuts-since-1980s-have-been-gain-gain.html>
- Kuhn, M., Schularick, M., & Steins, U. (13 de septiembre de 2018). How the financial crisis drastically increased wealth. *Harvard Business Review*. Recuperado de <https://hbr.org/2018/09/research-how-the-financial-crisis-dramatically-increased-wealth-inequality-in-the-u-s>
- Kumhof, M., & Rancière, R. (4 de febrero de 2011). Inequality, leverage and crises. Vox CEPR Policy Portal. Recuperado de <https://voxeu.org/article/inequality-leverage-and-crises>
- LeClere, F. B., & Soobader, M.-J. (2000). The effect of income inequality on the health of selected US demographic groups. *American Journal of Public Health*, 90(12), 1982.
- Lee, F. E., & Oppenheimer, B. I. (1999). *Sizing up the Senate: The unequal consequences of equal representation*. Chicago: University of Chicago Press.
- Lessig, L. (2018). *America compromised*. University of Chicago Press.
- Lupu, N., & Pontusson, J. (2011). The structure of inequality and the politics of redistribution. *American Political Science Review*, 105(2), 316-336.
- Metzgar, J. (2016). Misrepresenting the white working class: What the narrating class gets wrong. Working Class Perspectives. Recuperado de <https://workingclassstudies.wordpress.com/2016/03/14/misrepresenting-the-white-working-class-what-the-narrating-class-gets-wrong/>
- Mudde, C. (2007). *Populist radical right parties in Europe*, vol. 22. Cambridge: Cambridge University Press.

- National Republican Committee. (s. f.). Redistricting 2010 preparing for success. National Republican Committee. Recuperado de <https://www.documentcloud.org/documents/4366661-Redistricting-2010-Preparing-for-Success.html>
- Organisation for Economic Cooperation and Development, OECD. (2011). Divided we stand: Why inequality keeps rising an overview of growing income inequalities in OECD countries, main findings. *Organization for Economic Cooperation and Development*, diciembre. Recuperado de <https://www.oecd.org/social/Focus-Inequality-and-Growth-2014.pdf>
- Palley, T. (2011). America's awed paradigm: Macroeconomic causes of the financial crisis and great recession. *Empirica*, 38(1), 3-17.
- Pearlstein, S. (2018). *Can American capitalism survive?: Why greed is not good, opportunity is not equal, and fairness won't make us poor*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Pew Research Center. (9 de diciembre de 2015). The American middle class is losing ground. Pew Research Center. Social & Demographic Trends. Recuperado de <http://www.pewsocialtrends.org/2015/12/09/the-american-middle-class-is-losing-ground>
- Piketty, T., Saez, E., & Zucman, G. (2017). Distributional national accounts: methods and estimates for the United States. *The Quarterly Journal of Economics*, 133(2), 553-609.
- Przeworski, A., & Wallerstein, M. (1988). Structural dependence of the state on capital. *American Political Science Review*, 82(1), 11-29.
- Quakenbush, C. (21 de enero de 2018). The world's top 26 billionaires now own as much as the poorest 3.8 billion, say Oxfam. *Time*. Recuperado de <https://time.com/5508393/global-wealth-inequality-widens-oxfam/>
- Rajan, R. (2010). *Fault lines*. Princeton: Princeton University Press.
- Reinhart, C. M., & Rogo, K. S. (2009). *This time is different: Eight centuries of financial folly*. Princeton: Princeton University Press.
- Roelofs, T. (13 de abril de 2017). Gerrymandering in Michigan is among the nations's worst, new test claims. Bridge. Recuperado de <https://www.bridgemi.com/public-sector/gerrymandering-michigan-among-nations-worst-new-test-claims>
- Rothkopf, D. (14 de julio de 2016). America is losing the high ground. *Foreign Policy*. Recuperado de <https://foreignpolicy-com.stanford.idm.oclc.org/2016/07/14/losing-the-high-ground-iesha-evans-tiananmen-square-obama-china-trump/>
- Royden, L., & Li, M. (2017). *Extreme maps*. Brennan Center for Justice at New York University School of Law. Recuperado de <https://www.brennancenter.org/publication/extreme-maps>
- Ruccio, D. (24 de febrero de 2018). Utopia and inequality. Real-World Economics Review Blog. Recuperado de <https://rwer.wordpress.com/2018/02/24/utopia-and-inequality/>
- Saez, E., & Zucman, G. (23 de octubre de 2014). Exploding wealth inequality in the United States. Vox CEPR Policy Portal. Recuperado de <https://voxeu.org/article/exploding-wealth-inequality-united-states>
- Scheve, K., & Stasavage, D. (2016). *Taxing the rich: A history of fiscal fairness in the United States and Europe*. Princeton: Princeton University Press.
- Snyder, T. (2018). *The road to unfreedom: Russia, Europe, America*. Random House.

- Standing, G. (2011a). *The precariat. The new dangerous class*. Londres y Nueva York: Bloomsbury Academic.
- Standing, G. (2011b). Workfare and the precariat. *Soundings*, 47(47), 35-43.
- Stone, C., Trisi, D., Sherman, A., & Debot, B. (2015). *A guide to statistics on historical trends in income inequality*. Washington D. C.: Center on Budget and Policy Priorities. Recuperado de <https://www.cbpp.org/research/poverty-and-inequality/a-guide-to-statistics-on-historical-trends-in-income-inequality>
- Sunstein, C. R. (Ed.) (2018). Can it happen here? Authoritarianism in America. Dey St. Recuperado de <https://www.amazon.com/Can-Happen-Here-Authoritarianism-America/dp/006269619X>
- The Economist*. (25 de abril de 2002). How to rig an election. *The Economist*. Recuperado de <https://www.economist.com/united-states/2002/04/25/how-to-rig-an-election>
- The Economist. Intelligence Unit*. (febrero de 2018). *Democracy Unit 2017*. Recuperado de http://www.eiu.com/Handlers/WhitepaperHandler.ashx?=&Democracy_Index_2017.pdf&mode=wp&campaignid=DemocracyIndex2017
- The Redistricting Majority Project, Redmap. (s. f.). A program of the Republican State Lidership Committee. Redmap. Recuperado de <http://www.redistrictingmajorityproject.com>
- Toobin, J. (12 de diciembre de 2016). The real voting scandal of 2016. *The New Yorker*. Recuperado de <https://www.newyorker.com/magazine/2016/12/12/the-real-voting-scandal-of-2016>
- Venkataramani A. S., Chatterjee, P., Kawachi, I., & Tsai A. C. (2016). Economic opportunity, health behaviors, and mortality in the United States. *American Journal of Public Health*, 106(3), 478-484.
- Walt, S. M. (11 de octubre de 2011). The myth of American exceptionalism. *Foreign Policy*, 189(2011), 72-75. Recuperado de <https://foreignpolicy.com/2011/10/11/the-myth-of-american-exceptionalism/>
- Wasserman, D. (20 de agosto de 2018). Why even a blue wave could have limited gains. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2018/08/20/opinion/midterms-democrats-republicans-blue-wave.html>
- Wilkinson, R. G., & Pickett, K. E. (2009). Income inequality and social dysfunction. *Annual Review of Sociology*, (35), 493-511.
- Wines, M., & Baumgaertner, E. (27 de marzo de 2018). At least twelve states to sue Trump administration over census citizenship question. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2018/03/27/us/census-citizenship-question.html>
- World Inequality Lab. (2018). World inequality report. 2018. WID.World. Recuperado de <https://wir2018.wid.world/>

Siglas usadas

EIU	Economist Intelligence Unit
FMI	Fondo Monetario Internacional
IAS	Institute for Advanced Study
IRS	Servicio de Impuestos Internos (por sus siglas en inglés)
OECD	Organisation for Economic Cooperation and Development
PAC	Comité de Acción Política (por sus siglas en inglés)
PBI	Producto bruto interno
PRRI	Public Religion Research Institute
Redmap	Redistricting Majority Project

